BOLSILIBROS BRUGUERA

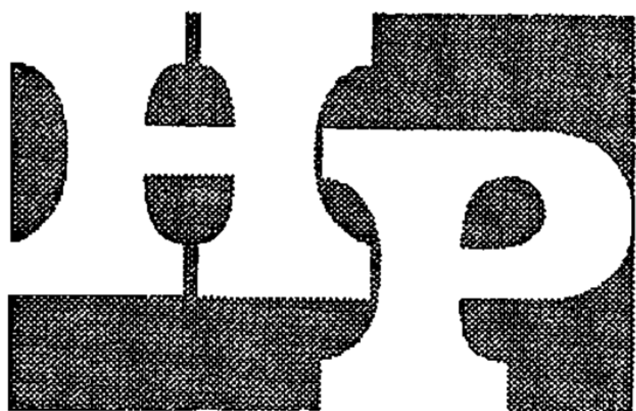
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

EL PLOMO Y LA CARNE







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL PLOMO Y LA CARNE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 228
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 12439-1974

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1974

Keith Luger -1965

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El senador James Bentley se hallaba inclinado sobre su escritorio, completamente absorto por terminar aquel informe.

Escuchó un ruido imperceptible a sus espaldas, pero no le prestó atención.

De pronto sintió algo muy frío que se apoyaba en su nuca. Todo su cuerpo se envaró porque sabía que detrás de él había alguien.

Una voz ronca se lo corroboró, aunque no hacía falta.

—¿Qué nota en la nuca, senador?

Bentley tragó saliva.

—Una cosa muy fría.

—¿Sabe lo que es?

—Sí.

—Menciónelo en voz alta.

Bentley tragó saliva con más dificultad.

—Es un revólver.

—Premio. Acaba de acertar.

Bentley se vio tartamudeando.

—¿Qué… qué va a hacer?

—Adivínelo también.

—No. No quiero ni pensarlo.

—Entonces, yo se lo haré pensar. Le voy a volar la cabeza.

—¡No!

El de la voz ronca parecía muy tranquilo.

—Sí, senador. Apretaré el gatillo. Usted sentirá algo así, como si el techo saliera volando.

—No. Santo Dios, no…

—Pero no será el techo lo que volará. Será la tapa de sus sesos.

James Bentley sintió que el pánico le ahogaba.

—Por favor, espere…

—¿A qué tengo que esperar, senador?

—Usted… ¡Usted quiere algo! ¡Yo se lo puedo dar!

—Senador, no me diga.

—¿Dinero? ¿Dinero es lo que quiere? Tengo mil trescientos dólares en la caja fuerte. La caja está detrás de ese retrato del presidente. Sólo hay que ladear el retrato y la puerta de la caja se ve detrás. Bien, puedo rodar el disco de la caja, sacar el dinero y dárselo…

—No quiero dinero, senador.

—¿No…?

—Quiero verle el color de los sesos.

—¡Por todos los santos del ciclo! ¿Por qué quiere matarme?

—Por lo de Daisy Loop.

—¿Daisy Loop?

—¿Qué? ¿Se acuerda de ella?

Bentley tragó saliva.

—No… No recuerdo.

—Puerco —dijo el de la voz ronca—. Ahora es cuando se gana la bala en la caja de los sesos.

—¡Sí me acuerdo! ¡Ahora me acuerdo!

—Vaya, no hay como hablar de sesos para que los recuerdos le acudan inmediatamente.

—Daisy Rizos de Oro. Ya, ya me acuerdo.

—Claro que se acuerda, bastardo.

—La quise como a ninguna…

—Es lo que dice a todas, senador.

—¡Daisy! ¡Me hubiera casado con ella! ¡Pero yo soy senador y ella era una chica del coro de Mag la Opulenta! ¡No podía…! ¡No podía!

—No podía porque usted estaba casado con Cornelia Van Varen. Esa buena mujer con nariz de loro, cuyo padre posee la mejor flota de toda la costa. Canalla…

—No… por favor, no dispare… Yo arreglaré todo esto…

—Es tarde.

—¿Tarde? Usted está a tiempo de llevarse mil trescientos dólares de la caja. ¡Todavía está a tiempo! La caja tiene la llave puesta. Sólo hay que tirar de la tapa del arca, meter la mano, salir por la ventana que ha utilizado para entrar y yo jamás sabré quién es usted.

—Demasiado tarde, senador.

—¿Eh?

—Me llevaré esos mil trescientos dólares, naturalmente. Pero dejaré su cadáver tirado aquí en el escritorio. Sin cabeza.

Bentley sintió un latigazo de escalofrío debido a una risita espeluznante del hombre del revólver.

—¿Qué ganará con matarme? —suplicó Bentley.

—Vengar a Daisy.

—¿Vengar a…?

—Sí, senador. Honraré su memoria con mi venganza.

Bentley se quedó rígido.

—¿Cómo honrar su memoria? ¿Qué quiere decir?

El de la voz ronca hizo una pausa para dar más dramatismo a la revelación.

—Daisy acaba de morir.

—¡Oh Dios! ¡Pobre muchacha!

—Ha muerto en el hospital de Santa Fe… después de poner en el mundo…

—¿Qué…? ¿Qué ha puesto?

—Un hijo.

—¡Cielos!

—Sí senador. Un hijo. Suyo. De usted. Del honrado y serio senador James Bentley.

—Un hijo repitió Bentley —y a pesar del peligro, su voz pareció dulcificarse—. Nunca tuve hijos con Cornelia, mi esposa. Puedo… bien… Puedo adoptar a esa criatura.

—Demasiado tarde también, senador.

—¿También murió el niño?

—No, senador. El niño fue adjudicado a una de tantas familias que desean adoptar criaturas. Y el pequeño fue acaparado inmediatamente por tener un cabello rubio sedoso, ojos azules, naricilla respingada. Todo igual que Daisy. Igual que mi Daisy.

Bentley respingó:

—¿Ha dicho «su» Daisy señor…?

—Sí, senador. «Mí» Daisy. Era mi hija.

Bentley produjo un sonido ronco en el fondo de la garganta.

—De modo que usted era su padre.

—Bien ha dicho. Era. Ahora mi pobre muchacha está muerta. ¡Muerta! ¿Lo oye? La he perdido para siempre por su culpa. Cerdo,

canalla, senador empingorotado.

La nuez de Bentley bailó violentamente.

—No, no me mate, señor Loop.

—Usted mató a mi hija. Tengo que vengarla, tipo podrido de dinero.

Bentley cerró los ojos con fuerza. Sabía que no escaparía a la venganza del padre de Daisy Rizos de Oro. Bien, los grandes hombres como él morían a veces debido a circunstancias grotescas. ¿Por qué tendría que poner los ojos en las maravillosas piernas de Daisy Loop? ¿No había nueve chicas más en el coro que no tendrían padre? Tuvo que elegir a aquélla. Condenada Daisy…

—¿Está preparado para morir, senador?

Bentley cabeceó.

—Usted disparará de todos modos, señor Loop.

—Entonces, escriba.

—¿Cómo? ¿Que escriba?

—Una confesión detallada de todo lo ocurrido. Quiero que mencione su encuentro con Daisy. Sus relaciones con ella. Dónde se veían. Las dificultades que notó de pronto la muchacha. Las largas que le dio usted. Todo, ¿entendido? Me había hecho la cuenta de meterle una bala en las tripas para que muriera rabiando. Pero si escribe eso, todo quedará con un balazo en la nuca y… ¡adiós!

Bentley suspiró hondamente. Tomó una pluma y papel.

—Lo haré. Será mi confesión a mi pobre Cornelia. Pero no la utilice para enlodar el nombre de los que trabajamos por el país.

—Miren al escrupuloso, relamido, pulcro senador, protector de los pobres. Ande. Escriba de una vez o se ganará el plomo en el paquete intestinal.

El senador Bentley tomó la pluma y un pliego y se puso a escribir la historia de una chica del coro de Mag la Opulenta y un senador llamado James Bentley. Contó ésta con todo lujo de detalles, porque el senador era un buen escritor, y ahora demostró que no sólo sabía escribir tomos de ochocientas páginas como su Directrices económicas de un país y sus repercusiones en la gradación social, en contraposición por lo preconizado por Hegel. Acabó la historia que, a pesar del terror que sentía, resultó brillante en estilo.

La voz del hombre que fue padre de Daisy sonó con cierta

solemnidad.

—La firma.

Y Bentley firmó.

Cerró los ojos.

Escuchó amartillar el revólver.

También oyó la patética despedida de su asesino:

—Adiós, senador ricachón, prevaricador, corruptor…

James Bentley, con los ojos cerrados, también dijo mentalmente adiós a todo. A su esposa, al mundo. Y sin saber por qué, también a Daisy.

Se agarró a los brazos del sillón.

Ahora… ahora le volaban la cabeza.

Ya se estaba curvando el dedo del asesino, pensó.

Y sonó el estampido.

CAPÍTULO II

Vio una luz intensa.

Y luego la oscuridad.

Era la muerte.

Así se moría.

De repente sonó una voz enfurecida:

—¿Qué diablos haces ahí agarrotado al sillón James?

Bentley abrió los ojos de golpe.

—¡Estoy vivo! —exclamó, alborozado como jamás lo estuvo.

El despacho se había llenado de gente.

Al frente del grupo había un sujeto moreno, bien vestido, de fuerte personalidad y ojos de fuego.

Tenía un revólver humeante en la mano.

—Claro que estás vivo, Jim.

—¡Ese hombre…! ¡Estuvo a punto de matarme…! ¡Debo estar herido! ¡He sentido el rugido de la bala en mi cabeza Charles!

—Sólo tienes chamuscado el pelo. Jim —gruñó el hombre llamado Charles, y ahora volvió la cabeza hacia la ventana, donde un par de hombres se había asomado—. ¿Le habéis visto por dónde se largó?

El rubio que se asomó primero, se dio la vuelta.

—Se largó por el callejón de la derecha, señor Radigan.

Charles Radigan pegó una fuerte dentellada.

—¿Y a qué esperan, estúpidos? ¡Vayan a encontrarlo! ¡Todos!

Los hombres que habían irrumpido en el despacho, capitaneados por Radigan, salieron muy aprisa y dejaron solos a Radigan y al senador Bentley.

—¿Qué ha pasado James?

Bentley se estaba reponiendo del susto con un buen vaso de licor.

En eso. Radigan le pegó un manotazo y le hizo saltar el vaso de

las manos.

El senador apartó las manos y se apoyó en la biblioteca.

—¿Qué haces Charles?

—¡Te dije que no bebieras más!

—¡Pero necesito algo fuerte para reaccionar, Charles! ¡No sabes lo que acabo de pasar!

—Gracias a que uno de los muchachos andaba por ahí fuera, nos pudimos dar cuenta de que algo marchaba mal. Conque abrí la puerta sin golpear y todavía pude ver saltar a ese vagabundo por la ventana.

—No era un vagabundo, Charles.

—¿No, eh?

Bentley fue a agarrar el frasco de licor, pero la severa mirada de Charles le detuvo en seco.

—Necesito reanimarme con algo, Charles.

—Tonta tus píldoras.

—Mejor sería un *whisky*. Uno solo. Charles.

La cara de Charles se contorsionó.

—¿Es que no te haces cargo, imbécil? ¡Quiero presentar al hombre más austero del país! ¡Al hombre que conseguirá que el licor sea declarado fuera de la ley! ¡Al hombre que se meterá en el bolsillo a todos los mojigatos prohibiendo todo lo que ellos tienen por «tabú»! ¡Los tontos necesitan políticos que tengan mucho de monje! Por eso mi *slogan* para las próximas elecciones ha sido: «Elijan brazos rectos y austeros para sostenerles, muchachos». Y en los canelones aparecerá tu figura con ese cuello duro y alto, esos ojos de cordero que tanto efecto causan sobre las viejas que llenan las arcas de votos. ¿Te das cuenta, estúpido? No puedes echar a perder el cartel echando una vaharada de *whisky* a la primera periodista rancia que se le ocurra venir por aquí. Por ejemplo, a Agatha Belamour, directora de Lo Noticioso y lo Delicioso.

Bentley se dejó caer en el sillón, mostrando una mueca de pena.

—Siéntate porque te vas a caer. Charles.

—¡Santo Cielo! Te veo una cara que me está enderezando las escamas del cogote.

—No es para menos.

Charles enseñó los dientes de arriba, lleno de aprensiones.

—Habla, que ya tengo mi amuleto entre los dedos.

Bentley se aclaró la voz.

—¿Te hablé de Daisy Rizos de Oro alguna vez?

Charles le miró con espanto. Él estaba acostumbrado a tratar con todas las fulanas con sobrenombre. Pero que una tal Daisy Rizos de Oro sonara en la boca de un hombre austero, ya le estaba royendo los intestinos.

—No —tartamudeó—. No te oí hablar jamás de una fulana. James. Pero me estás produciendo tanta alarma como si te tomaras la pócima de míster Hyde.

—Conocí a esa maravillosa criatura. Charles. Y el hombre que ha estado aquí era su padre. Quería matarme para vengar a la pobre Daisy, que acaba de morir en un hospital de Santa Fe, tras dar a luz al fruto de nuestros amores.

Charles abrió la boca, enseñando todas las piezas dentarias.

Cerró aquella trampa de dientes. Pero no pudo decir nada tampoco. Su párpado derecho tenía un tic nervioso.

El izquierdo también entró en juego cuando James Bentley agregó:

—Y me ha obligado a escribir una confesión de lo ocurrido. Charles.

Radigan se puso en pie y derribó la silla.

—¡Repite eso! —aulló.

Bentley lo repitió con un hilo de voz.

Y el resultado fue que Charles Radigan cambió de color seis veces seguidas.

Luego, dio medía, vuelta y fue a llamar a los muchachos.

Se detuvo medio ahogado por la ira y gritó, mirando a Bentley:

—¡Ya hablaremos de eso más tarde, condenado estúpido!

—¡Charles! —gritó James Bentley, al verle en aquel estado. Pero éste atravesó el vestíbulo y por el ruido infernal que allí se produjo, se pudo deducir que había arrollado los muebles a su paso.

Entonces James Bentley, a pesar de la prohibición de Charles, se acercó a la mesa ratona, tomó el frasco de cristal tallado, e hizo lo que jamás había hecho.

Se empinó el frasco sin usar el vaso.

En los cartelones que se paseaban por la calle Principal de Fénix, el rostro de James Bentley aparecía inteligente, austero, los ojos profundos e hipnóticos y el porte severo.

Los cartelones eran portados por una comitiva, al frente de la cual una banda de música atronaba la calle, detenía el tráfico y apelotonaba a los peatones en las aceras.

Johnny Spillen, de veintiocho años, moreno, un metro noventa y anchos hombros, se hizo cargo del rostro de James Bentley repetido en los cartelones y allá, en su fuero interno, le maldijo por ser el culpable de que tuviera que bracear, abrirse paso a codazos entre la apiñada multitud que ahora vociferaba ante el desfile de caras del candidato a gobernador de Nuevo México.

Pasada la primera oleada de gente. Johnny Spillen se vio transportado, quieras o no, al pie de una pequeña tribuna, donde uno de los propagandistas del candidato de los canelones se disponía a soltar su arenga.

Entonces Johnny no maldijo al tipo del cartel. Le bendijo. Y se debió a que el propagandista era una bella mujer que acababa de subir a la tribuna y los tobillos de ella quedaron a la altura de los ojos de Johnny Spillen.

También algo más que tobillos contemplaron los ojos de Johnny. Ella se enganchó un momento la falda y el movimiento mostró una pierna de lo más irreprochable.

Johnny pegó un corto silbido de admiración.

Pero como lo hizo en el silencio preliminar al discurso de la bella, ésta bajó la mirada y le fulminó con un par de ojos negros.

Johnny le dedicó una sonrisa.

La hermosa joven se alisó la falda, un tanto nerviosa.

Entonces fue cuando metió el tacón de su zapato justo en el intersticio de dos maderas.

Trató de sacar el tacón, pero estaba bien trabado.

Los segundos corrían y el público se impacientaba.

La muchacha sacudió la pierna, pero el tacón ni se movió.

Dedicó una sonrisa de dientes afuera al público. Se estaba poniendo nerviosa con el maldito tacón.

Entonces Johnny, que estaba pendiente del juego del pie de la muchacha, hizo lo que tenía que hacer.

Alargó la mano y le atrapó el tobillo.

La joven abrió la boca, pero controló el grito que iba a soltar. Sus ojos eran dos platos.

Johnny apretó los dientes, tiró del zapato hacia arriba y

entonces sonó un chasquido.

Se había cargado el tacón. Y, además, ella quedó descalza.

La joven tragó aire con fuerza y se hizo un lío con los papeles del discurso.

Por fin se inclinó ahora que Johnny cazaba el zapato y se lo ponía sin soltarle el tobillo.

—¿Quiere dejarme en paz? —susurró ella, entre dientes.

—Por fortuna, sólo se ha roto un poco el tacón.

—¿Quién le ha mandado…?

—Nadie. La vi en apuros y heme aquí para echarle una manita, preciosa.

Ella quiso decir algo, pero optó por dedicarse al discurso.

—Vecinos de Fénix —dijo, ya desconcertada—. Muchos de ustedes me conocen. Mi nombre es Karin Talbot, y soy periodista de uno de nuestros mejores periódicos: El Globo de Fénix. Mi ruego es que todas las mujeres de la ciudad debemos apoyar al hombre que ha escrito tanto sobre los derechos de la mujer y ha trabajado para que el sexo débil sea respetado en este Estado tan alejado del Este.

Un viejo de la oposición, que estaba al lado de Johnny, sacó un pito y se puso a soltar pitidos.

Pronto dos sujetos membrudos cayeron sobre él y el más alto le cascó una coz que le hizo escupir el pito.

Sin embargo, el viejo desapareció sin recogerlo.

Karin se inclinó y se dirigió discretamente a los dos fulanos encargados del orden.

—Será mejor que no vayan lejos —dijo, y al mirar a Johnny, quiso indicar a quién se refería—. Me parece que no es el viejo Jocky el único que se empeña en estropear mi disertación.

—Descuida, Karin —gruñó el alto, también en voz baja.

Karin dedicó otra mirada con las pestañas entrecerradas al joven moreno y prosiguió:

—… Todos ustedes saben que existen elementos discordantes, que intentan arrebatar a las damas de la ciudad los puestos que justamente les corresponden. La mujer ha dejado de ser un objeto decorativo para pasar a ser un elemento útil a la sociedad.

—¡A mí sí que me serías útil, monada! —dijo alguien también cerca de Johnny.

Y los dos fulanos malcarados se hicieron cargo de él en cosa de

segundos y lanzaron discretamente sus restos bajo el entarimado.

Karin tenía ahora un gesto indignado que la ponía más bella y agregó:

—Por desgracia, ustedes ya habrán visto un ejemplo…

Continuó hablando, pero Johnny no la atendió.

Sus ojos estaban fijos en una mano furtiva que se colaba por bajo de la levita de un gordo embobado.

Johnny golpeó al gordo en el hombro y dijo:

—Míster, le están robando la cartera.

El gordo gritó.

Y agarró la mano de un fulano que ahora intentó sacar un cuchillo.

Johnny entró en acción.

Agarró la mano armada, y con la libre puso en camino un directo en corto que dio mucho que hablar.

El ladrón chilló abriendo un hueco en la multitud.

Muchos creyeron que aquello era sabotaje y empezaron a golpearse unos a otros.

Los dos matones se multiplicaron para imponer el orden.

Pero les fallaron manos.

Pronto fueron engullidos por la vorágine humana.

Karin gritó y se agarró a la tribuna.

Toda la tribuna se bamboleaba como si sufriera el impacto de una estampida de elefantes.

Y en un momento dado, la plataforma empezó a ladearse peligrosamente.

Johnny consiguió salir por el otro lado y abrió los brazos.

—¡Suelte la barandilla y salte!

Los ojos de Karin denotaron su terror ante el peligro de ser engullida por aquella masa humana que ahora estaba en plena ebullición.

Karin cerró los ojos, dio un salto y su falda flameó al viento. Johnny la atrapó limpiamente.

Y echó a correr con ella en brazos.

—¿Adónde me lleva? —gritó la joven entre el vocerío.

—A un lugar silencioso, tranquilo, donde esté a salvo.

—¡Suélteme!

Johnny detuvo la carrera.

—No puede andar porque va descalza. Perdió sus zapatos. Recuerde.

Ella entrecerró los ojos y dijo:

—Sospechaba que usted era uno de ellos y no me he equivocado.

—Un tipo de la oposición, ¿eh?

—No lo niegue.

—Si yo fuera de la oposición, pronto haría con usted una amalgama de partidos.

—Muy gracioso. Ahora póngame en el suelo. Prefiero correr el riesgo de pincharme antes de que uno de los hombres de Urias Corcove me ponga las manos encima.

—No soy Urias Corcove. Y por si no lo sabe, mis marros están abajo. Ahora que ya sabe que no voy a raptarla, cálmese y diga adonde quiere que la lleve.

—Entre en ese hotel.

—Infiernos, es una buena idea.

—No se haga el listo. Ahí están los hombres de James Bentley, una representación de mi periódico y también el *sheriff* de la ciudad.

A la mención del *sheriff* de la ciudad, éste brotó del vestíbulo y gritó:

—¡Santo Cielo! ¿Qué le ha pasado a Karin?

—A Karin no le ha ocurrido nada —dijo Johnny.

El de la plaza lanzó un resoplido.

—¡Demonios, Spillen! ¿Qué hace con Karin en brazos? ¿Está bien?

—Más que bien —dijo Johnny, y dejó a Karin sobre el suelo alfombrado del vestíbulo.

—*Sheriff* —dijo Karin—. Este hombre está sin duda de parte de Urias Corcove.

El de la placa abrió una bocaza descomunal y se echó a reír.

—¿Johnny Spillen de parte de Urias Corcove? ¡Infiernos Karin!

—Si este buen muchacho es demócrata desde que escupió el primer diente. Y además viene de lejos. De Texas. Es ayudante de *sheriff*.

Karin dio un respingo de sorpresa.

—¿Este hombre es comisario?

—Y, además, de los duros de mollera, pequeña. Figúrate que se

empeñó en que Billy *Full* y dos de sus muchachos están en nuestra ciudad.

Johnny emitió una seca tosecilla.

—Les he seguido cientos y cientos de millas, *sheriff*.

—Ya. Pero ahora que ha revisado la ciudad de cabo a rabo, tiene que confesar que Fénix no es escondrijo para forajidos, ¿eh?

—No es escondrijo, *sheriff*.

—¿Qué le dije, muchacho?

—Pero Billy *Full*, Caryl Temple y Luke Escanaba están en el bar de enfrente.

El de la placa reía todavía, pero de repente emitió un relincho y se quedó serio, con una mueca en el rostro.

—¿Cómo?

—Los localicé ahí enfrente hace cosa de una media hora.

—No.

—Sí, *sheriff*. Pero como vi tanta gente por la calle no me decidí a detenerles.

—¿Usted? ¿Usted va a detenerles?

Johnny se aclaró la voz.

—Espero que se resistan, *sheriff Body*. Por eso no quiero pasar a la ofensiva. Puede haber tiros y alguien saldría herido sin comerlo ni beberlo.

Body cerró los ojos con fuerza.

—¡Por todos los santos del cielo, Spillen! ¡No me arme un alboroto en la ciudad! ¡No es el momento oportuno!

—Entonces, tengo una idea, *sheriff*.

—Mire si me inquietan sus ideas que ya estoy aprisionando mi pata de conejo para que no me pase nada.

—Mi plan es que les mande salir de ese bar, luego de la ciudad, y yo me encargaré de ellos lejos de aquí.

—Y cree que me harán caso, ¿eh? ¡Deje que me ría, Spillen! Como *Body* reía ficticiamente, Johnny agregó:

—No quiero que colabore en la detención, *sheriff*.

—Claro que no voy a colaborar, Johnny Spillen. Son «sus» forajidos, No «mis» forajidos. No están reclamados en este Estado. Conque será usted quién se las tenga que arreglar con ellos.

Johnny dio una cabezada.

—Bien, quería oírle decir eso.

—Para entrar en el bar y armar una por todo lo alto, ¿eh?

—No hay otra alternativa, *sheriff*.

—Cielos, está logrando que sude, aunque hoy hace fresco.

—Debo llevar a Texas a Billy *Full* para ser juzgado por asesinato y lo llevaré pese a todo.

—Eh, Johnny, ¿dónde está usted ahora como comisario? Ya no recuerdo ese pueblecito.

—Barro Valley.

—¿Barrio Valley? Demonios, eso debe constar de tres casas y cuatro abrevaderos.

—Y agregue también una casa de habitaciones para el viajero, una cantina y una funeraria, y ya tiene lo que es Barro Valley.

—¡Y tuvo que llegar hasta Fénix, Nuevo México para alcanzar a esa gentuza! —gimió el de la placa, componiendo la más triste mueca.

—Son muy escurridizos, autoridad.

Body sacudió la cabeza y miró a uno y otro lado de la calle.

—Ande, hijo. Aproveche ahora que pasa poca gente.

Dentro de unos minutos tendremos más desfiles y no podrá trabajar. Ande, hágalo ahora.

Johnny extrajo el reloj.

—Tengo que agarrar a Billy *Full* ahora o perderé el tren para Barro Valley, y entonces estaré más que limpio.

—Ah, pero ¿en esta ciudad tenemos un tren que va allá? ¿Qué clase de tren es ése? ¿Una vagoneta movida por brazos?

—Uno de vía estrecha, que sale ocasionalmente… Consta de dos vagones para cerdos y otro de mercancía general. Viajaré en el de mercancía general con mi hombre.

—O usted solito dentro de un impermeable de madera de pino.

Johnny contempló el bar de enfrente y su rostro se tornó grave al decir:

—Ahora saldré de dudas.

A continuación, extrajo el revólver y tras lanzar una mirada a la periodista Karin que tomaba nota para un apasionante artículo con el material que acababa de proporcionarle el diálogo, agregó:

—Si tiene que publicar mi esquela mortuoria, acuérdese de que mi apellido es Spillen. Con doble ele.

Y dicho aquello, Johnny atravesó la calle con el Colt en la mano.

CAPÍTULO III

Johnny entró en el bar y vio a los tres forajidos sentados en una mesa del fondo.

Golpeó el mostrador con la palma de la mano y el mozo bigotudo que atendía se acercó para recibir el pedido.

—¿Qué le pongo?

—Cuatro vasos de *whisky*.

El mozo abrió la boca y rió.

—Demonio, ya veo que quiere atrapar una buena para celebrar las votaciones.

—Tres de esos vasos son para aquellos amigos del fondo.

El mozo arrugó los ojos mirando al lugar indicado por el joven.

—¿Aquellos sujetos llenos de barro y polvo?

—Sí, mozo.

—Sirviendo —dijo el mozo, y atrapó una botella, llenó el vaso al joven y acudió con la misma botella y tres vasos más para servir a los tipos del fondo.

Ellos recibieron la invitación y al ser informados por el mozo de quien era el pagano, volvieron la cabeza y descubrieron asombrados a Johnny Spillen.

Johnny levantó el vaso, sonrió, guiñó un ojo y bebió el contenido del vaso de un solo trago.

Los tres individuos de la mesa del fondo se habían puesto de pie con cierta precipitación.

Billy *Full* era un rubio de ojos grises, brazos largos y fuerte complexión física.

Caryl Temple era su antagonista físicamente porque se trataba de un sujeto encogido hacia la derecha por la costumbre del «saque» por aquel lado, cara contrahecha, arrugada como la de los monos, y cuerpo birrioso, debido a la falta de sueño, al exceso de rubias y al régimen proporcionado de drogas.

El tercer sujeto, Luke Escanaba, rebosaba salud patente por su cuerpo graso, rechoncho, franca sonrisa y ojos negros que brotaban en su cara ancha y reluciente como un piano.

Johnny dejó el vaso vacío y dijo:

—Afuera estoy, muchachos. Ya saben. Cara, si salen con las manos en alto tirando de antemano los revólveres por la puerta. Cruz, en el caso de que salgan con ganas de soltar plomo.

Y antes de que pudieran contestar. Johnny arrojó un dólar por los aires, que el mozo atrapó con un pase de zarpa.

Salió del local y esperó en la acera.

Sonó estrépito de cristales rotos, pero Johnny vio que no eran los revólveres.

Era un hueco que se había abierto Billy para dejar oír su voz:

—¡Eh Johnny…! ¿Me oyes?

—Estoy a la escucha. Billy.

—Los chicos y yo estamos la mar de sorprendidos.

—¿Sí?

—Nos preguntamos cómo diablos has conseguido dar con nosotros ahora que ya creíamos haberte perdido de vista hace dos días.

—Simplemente, seguí el olor a puerco como si fuera una flecha y me tropecé con vosotros.

—Tú siempre das respuestas ingeniosas, ¿eh?

—Sí. Billy. Y sé también chistes de revólver.

Como se había hecho un silencio en aquel tramo de calle, todavía se pudo oír que Billy chascaba la lengua.

—Demonios, Johnny. Un tipo como tú merece caer simpático. De modo que los chicos y yo hemos decidido respetar tu vida.

—No me digas, Billy.

—Hemos decidido darle una parte de aquello que tú sabes y zanjar estas enemistades de una vez.

—No hay trato.

—Eh. Johnny… Luke me está diciendo ahora en la oreja que te dé un tercio para ti solo. Ya sabes de cuánto.

Johnny respiró con fuerza.

—Ellos se pueden ir, Billy. Pero me interesas tú. Y cuando te ponga las esposas, ya me daré por satisfecho. No quiero productos de robos.

—Vamos, hombre. ¿A quién le pican dos mil dólares?

Johnny apretó las mandíbulas.

—Eres un puerco desvergonzado. Billy. Y sólo por eso, cuando te ponga las esposas, rematare la faena con un mazazo en tus dientes.

Como respuesta a las palabras de Johnny, sonó un trío de risas broncas.

Luego se oyó la voz de Billy.

—Bien, tú lo quisiste. No te quejes desde el otro mundo de que no se te dieron oportunidades.

—Sal de una vez, farsante.

—Allá vamos, sí, señor. Ahí estamos ya.

Y Johnny les vio salir escupidos por la misma ventana.

Se vio perdido.

Así, por los aires, no había forma de hacer blanco.

Johnny disparó al mismo tiempo que ellos.

Escuchó un repiqueteo de balas a su alrededor.

Ellos tenían más probabilidades de ensartarlo porque concentraban el plomo en un punto: Johnny Spillen.

En cambio. Johnny tenía que rodar por la acera para cambiar de posición y al mismo tiempo tratar de poner sus balas en tres cuerpos a la vez.

La calle estalló en un trueno.

El birrioso Caryl chilló como un demonio y soltó el arma.

Fue al sentir los picotazos de bala en el pecho, que ya tenía delicado de por sí.

Luke Escanaba rió.

Pero se debía a que era un tipo optimista y, aunque sintiera abrasarse las entrañas, aquello tendría un remedio.

Pero vomitó sangre todavía de pie y así murió.

En cuanto a Billy *Full*, también se quejó con un espantoso bramido.

Y se derrumbó encogido, hecho un guiñapo.

El silencio pareció extenderse no sólo por el centro de Fénix, sino también por los pueblos de alrededor.

Fue roto por unos rugidos que pertenecían a Marcus *Body*, el *sheriff*.

—¡Johnny! ¡Maldición, sabía que se matarían todos!

Llegó trotando al lado del caído Johnny, quien conservaba el

«Colt» en la mano.

Hizo una mueca y miró al ciclo.

—Descanse en paz este muchacho.

—Amén —dijo Johnny sin moverse.

—¿Eh? —saltó *Body*—. ¿Qué infiernos ocurre?

Johnny apretó el gatillo y mandó otra bala al caído Billy *Full*. Pero no era para rematarlo.

Era para desarmarlo, porque el rubio *Full* se hacía el muerto y estaba proyectando colocar una bala en los sesos del comisario de Barro Valley.

Body lanzó un grito y saltó de espaldas, al escuchar el trueno, Johnny se acercó al rubio *Full* y dijo, con los dientes prietos:

—Arriba, farsante.

—¡Estoy muriéndome, Johnny!

—Sólo es una rozadura, granuja. Arriba.

Pero el rubio se incorporó mostrando una auténtica mueca de dolor en el rostro, ahora blanco como la pared.

—¡Mira, bastardo! ¡Mira lo que hiciste con mi brazo!

Johnny dio un respingo.

El brazo del rubio *Full* colgaba tronchado como una caña rota.

—Infiernos —exclamó Johnny.

—¡Me has partido el brazo! ¡Soy un manco! ¡Soy un hombre inútil para el trabajo!

—Ya estabas inútil para esa cosa antes del encuentro.

Body se acercó al frente de un montón de personas.

—Eh, Johnny. Podías haberte equivocado y haberle dado en la cresta, hombre. Me has fallado.

—Realmente, no quería ni tocarlo, *sheriff* —dijo el joven.

—¿Eh?

Johnny entrecerró los ojos.

—Dije que quería llevarme vivo a Billy *Full*, y vivo lo tengo.

Karin se abrió paso entre la muchedumbre.

Sus bellos ojos lanzaron llamaradas.

—¡No se puede llevar a Barro Valley a este hombre!

—¿Ah no?

—¡Tiene un brazo roto!

—Yo se lo entablillaré con un pedazo de madera. Karin.

Ella lo fulminó con los ojos.

—¿Qué clase de roca es usted, señor Spillen? ¿Es que no se da cuenta de que es un herido, por muy forajido que sea?

El rubio sonrió a pesar del dolor, sosteniéndose el brazo.

—Muy bien habla, perita… Este tipo es un duro, un bastardo con corazón de roca.

—Usted, cállese —dijo Karin mirando a *Full*—. Vergüenza debería darle ser una fuerza de la ley.

Johnny cerró los ojos con fuerza.

—Muy bien, condenación. Lo llevaré a un médico.

—¡Estoy muy malo! ¡Me duele mucho el hueso! ¡Me lo partió este tipo!

—Calla. Billy —dijo Johnny y lamentó el accidente porque de buena gana habría deseado pescar al forajido indemne, para ajustarle las cuentas.

Body se abrió paso. Johnny y su detenido le siguieron hasta una calleja donde se veía un letrero que decía: «Doctor Wood».

El doctor les atendió inmediatamente y rasgó la manga del rubio.

—Total, nada —suspiró—. Herida de bala con entrada y salida por el bíceps, con astillado de húmero. ¿Quién va a pagar eso, señores?

El rubio hizo una mueca vengativa.

—Por fortuna sólo tengo un dólar.

—Pues el arreglo y enyesado valen veinte dólares.

Johnny empezó a entonar una maldición, pero sacó el dinero.

—Ande, doctor. Póngase a trabajar.

El doctor era un joven de rostro simpático. Sopesó el dinero, se lo guardó y dijo por encima del hombro:

—¡Prepara yeso y alambres, tío Ricky!

Por el hueco de un cuarto brotó la cabeza de un viejo de ojos ratoniles.

—¡Marchando una ración de yeso! —dijo, y ocultó la cabeza. El doctor tomó a Billy del brazo sano y dijo:

—Ahora mismo se lo sirvo debidamente enyesado, señor Spillen.

—¿Cuánto tardarán?

—Entre ajustar las astillas del hueso, curar los dos agujeros y demás… Pongamos media hora.

—Me espero.

—Hágalo aquí en la salita.

Johnny fue a sentarse y se enderezó de pronto.

—Eh, ¿adónde van?

—Estamos en este cuarto.

—¿Tiene salida?

—Sólo una ventana a un callejón.

Johnny titubeó y tomó asiento.

—Avíseme si hace mención de escapar.

El doctor rió.

—Con un balazo así nadie tiene ganas de escapar, señor Spillen.

—Usted no conoce al pájaro.

Billy no podía replicar porque se quejaba de agudos dolores.

Y todavía se quejó más cuando vio que en el cuarto el viejo de los ojillos de rata amasaba yeso en un barreño y el doctor comenzó a darle tirones de brazo para ajustar el hueso.

CAPÍTULO IV

Charles Radigan entró en el enorme despacho del senador Bentley y sus ojos se dilataron de espanto.

James canturreaba roncamente en el baño, donde era duchado por dos hombres.

Radigan abrió la boca de par en par y rugió:

—¡Maldición! ¿Qué pasa ahora? ¡Tiene que soltar su discurso dentro de diez minutos!

Uno de los que duchaban al senador salió enjuagándose con una toalla.

—Pues este hombre para lo que está es para un sueño de seis horas. Y tal vez no se le pase del todo la cogorza.

—¡Cogorz…! ¡Humos sagrados! ¡No puede hacerme esto!

El que atendía al senador salió con él al hombro, chorreando, y lo enderezó.

—Aquí lo tiene, señor Radigan.

Charles abrió y cerró la boca sin poder hablar.

El senador le vio entre brumas, levantó un dedo y dejó caer a continuación todo el brazo porque se dormía de pie.

Radigan cerró con fuerza los párpados porque se resistía a ver a Bentley en aquel estado.

—¡Este bastardo nos hunde, condenación! ¡Es el fin!

Al lado de Radigan apareció un hombre joven, de cabello y cejas blancos, bien vestido.

—Charles —dijo—, he aquí lo que verdaderamente nos va a hundir.

Charles Radigan giró en redondo.

—¿Qué estás diciendo Dan?

El hombre del cabello y cejas blancos llamado Dan mostró un informe escrito.

—He aquí lo que nuestro investigador ha conseguido saber por

medio del telégrafo.

—¿Respecto a esa Daisy Rizos de Oro?

—Daisy Loop. Murió efectivamente en el Hospital Presbiteriano de Santa Fe.

—¡Santo cielo! ¡No pueden ocurrirme tantas cosas juntas en un día!

Dan chascó la lengua.

—Ahora sólo falta que salga a la luz esa confesión detallada de Bentley y somos hombres al agua.

Radigan no podía hablar.

Dan prosiguió:

—Sin duda, tiene que ser una maniobra de la oposición. Charles. En cuanto se descubra que el austero James es un tipo más verde que el pasto, los periódicos hincarán el diente. Se comprobarán los extremos de la confesión, se buscarán testigos que nunca faltan y ya nos podemos comprar el veneno más activo y tomarlo a dosis masivas.

El rostro de Charles Radigan estaba blanco como la cal.

—¡Tiene que existir un remedio Dan! ¡Un arreglo! ¡He colocado mucho dinero en la campaña de Bentley! ¡Y mi gran objetivo es que este guiñapo empapado de *whisky* que ahora ves aquí, llegara a gobernador del Estado! ¿Te das cuenta? Lo saqué de la nada, lo casé con la mujer más rica del país… ¡Y ahora que estaba a punto de cobrar los dividendos del dinero que he gastado con este tipo… me sale con una rubia, un hijo, un hospital! ¡No podían haber elegido nada más sórdido para hundir nuestros planes! ¿Y qué pasará cuando Cornelia Van Varen se entere? ¡Nos cerrará los créditos, tirará a este chimpancé a patadas de su casa y puede que nos persiga además!

Dan emitió una tosecilla.

—Todo eso ocurrirá si mi investigador no da con la pista.

—¿Pista? —Tragó oxigeno Charles, al atisbar un átomo de esperanza—. ¿Has dicho pista, Dan?

Dan asintió y una guedeja de cabello blanco cayó sobre su frente.

—El muchacho está trabajando a estas horas para localizar al tipo que entró por la ventana y exigió a Bentley la dichosa confesión.

—¡Danny de mi alma! —gimió enternecido Charles—. ¡Eso sería fantástico! ¡Sería la solución!

—Sí. Podríamos comprar ese papelucho, aunque nos costara un ojo de la cara.

Las facciones de Radigan se torcieron.

—¿Qué demonios de comprar? Lo primero que haríamos sería rescatar el papel ayudados por unos cuantos muchachos de confianza. Y seria rellenando de plomo al padre de Daisy. Sí, señor. Nada de compras de documentos que luego salen fotocopiados cuando menos te lo esperas. Esos bastardos se guardan un as para jugarlo y exprimirnos a su gusto. Conque una ración copiosa de plomo es lo que viene al caso, Dan.

—Veremos. Charles, veremos. Mi hombre no tardará en llegar y darnos detalles.

—¿Quién es?

—Ya le conoces, *Snuff* Adams. Fue *sheriff*, y luego fiscal. Pero aceptó soborno y lo echaron a patadas del foro. Desde entonces trabaja para los grandes y sabe ganarse la plata con estas hediondeces. Es muy bueno.

—Y, además, una sombra que está en todas partes —dijo el mismísimo *Snuff* Adams, saliendo por detrás de unas cortinas.

La entrada del investigador causó admiración a Charles Radigan.

—Infiernos. Algo me dice que esta lagartija en forma de hombre va a proporcionarnos la tabla de salvación.

Dan reía con ganas.

—¡Canastos *Snuff*! ¿Qué has conseguido?

Snuff era realmente un reptil de tercera categoría. Tenía ojos de tortuga, la piel escamosa y el cuerpecillo ágil de las lagartijas.

—Lo que he conseguido les va a costar quinientos dólares.

—¡Diste con la pista del padre de Daisy!

Snuff hizo una mueca canallesca para dar a entender que había golpeado en caliente.

—Los tengo localizados.

—¿Los? ¿A quiénes?

—Al tipo que entró en este despacho y apoyó el frío revólver en la cabeza del senador. Y a una socia.

—¡Una socia!

—Sí, señores —cabeceó *Snuff*—. La socia es Mag la Opulenta.

Dan y Charles respingaron a coro.

Snuff continuó:

—Todo ha sido una combinación de Mag, que conocía la historia de la pequeña Daisy y el senador. Una combinación entre Mag y el tipo que amenazó al senador. En estos momentos, ella y él estén en la habitación de un hotel de ínfima categoría, a dos manzanas de aquí Naturalmente, el tipo del revólver no es el padre de Daisy. Porque Daisy nunca tuvo padre… conocido.

Charles Radigan dio un brinco lleno de excitación.

Y salió del despacho pegando gritos para avisar a los muchachos.

Mag la Opulenta releyó por centésima vez la declaración del senador Bentley.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, hermosa, de largas pestañas que abanicaba al compás de sus palabras.

Poseía una dentadura fuerte y blanca que quedó al descubierto al acabar de leer la confesión.

—Esto nos hace ricos, Jill.

—Sí, nena —dijo Jill, el tipo de la voz ronca que había sacado la confesión al senador.

—Me veo lejos de Fénix, cobrando mil dólares mensuales, viviendo como una reina allá en Dallas, que es mi tierra.

Jim repasó con la mirada a Mag. Era una gran mujer. Hecha a la medida para un tipo cuarentón como él. Aunque era algo rudo, una mujer como Mag prestaba clase a su acompañante, porque Mag era la única que podía colocarse en lo alto de la cabeza una cresta de plumas de cincuenta centímetros, llevar vestidos ajustados, medias de rejilla y un escote amplio como un corral de reses y al mismo tiempo inspirar respeto suficiente para que los ricachones la llamaran «señora». Era una mujer con mucha clase. Y con muchas otras cosas que Jill se había jurado aprender de memoria.

—Sí. Mag. Viviremos como reyes. Los dos juntos.

Mag hizo una mueca.

—¿Vivir juntos?

—No vamos a disociarnos ahora que ya hicimos nuestra suerte.
—Tú estás loco.

—¿Eh?

—¿Crees que voy a irme a Dallas rodeada de chusma como tú?
—¿Yo… chusma?
—Sí, rico. Tú perteneces al pasado. En Dallas seré una dama, ¿entiendes? Conque si quieres venir conmigo, ha de ser a condición de que te esfumes al término de nuestro viaje.
—Pero, Mag…
—Cobrarás la mensualidad que hemos calculado. Dos mil dólares. Y me darás mil para que viva mi vida. Tú puedes hacer con la tuya lo que quieras.
—¡Pero, Mag! ¡Tú me gustas! ¡Me has vuelto loco, hice esto por ti!
—El amor siempre es sacrificado. Jill. De modo que, ya que me has ayudado en este asunto, lo que te resta es repartirte el botín de todos los meses y dejarme en paz.
—Mag…
—No te faltarán chicas allá en Dallas. Un tipo con mil dólares de ingresos mensuales puede escoger lo que quiera. Pero de mi olvídate, rico. Quiero ser lo que nunca fui.
—¿El qué?
—Ya te lo he dicho. Una dama respetada. Eso me lanzará a un matrimonio con algún caballero forrado de dólares. Ése es mi objetivo.
—¿De modo que me echas a un lado?
—Contigo no haría carrera. Jill. Tienes que comprenderlo. Debo sacar partido a lo que me dio la Madre Naturaleza y no ponerlo en manos de un vago como tú, sino en manos de un hombre con solvencia económica y social.
—Demonios.
—Leí todo eso en el libro que escribió James Bentley. ¿Verdad que tiene gracia que el mismo tipo me haya servido para crearme un plan en la vida?
Jill puso una cara compungida.
—Será como tú quieras.
Mag sonrió.
—Cuando esté bien colocada, tal vez te deje entrar por la puerta de servicio y te premie debidamente.
—Algo es algo —suspiró tristemente Jill.
Mag se quedó pensativa sobre lo dicho. Realmente llegaría un

día, cuando estuviera casada con un hombre poderoso, en que Jill resultaría un peligro y tal vez intentara chantajearla. Así que, tenía que permanecer en contacto con él para darle un veneno y borrarlo del mapa de su vida anterior. Pero ahora interrumpió las divagaciones porque todo dependía del papel que tenía entre las manos.

—Bien. Jill. Ya tengo escondrijo para el documento.

—¿Sí?

—Hasta que lo fotografiemos.

—¿Dónde lo vas a poner?

—En la liga.

Mag se levantó la falda y mostró una pierna que era como para echarse de rodillas y adorarla como los negros hacen con sus ídolos.

La liga tenía una escarapela roja, en forma de flor. Mag tiró del pétalo y apareció un hueco muy ingenioso.

—Aquí he guardado papeles, narcóticos, venenos y también un cheque de dos mil dólares que me dio un banquero que ponía la misma cara que tú pones ahora. Incluso los mismos ojos en forma de huevo duro.

—Sólo es una pierna —dijo Jill, como la zorra dijo de las uvas, con un deje amargo de voz.

—Concéntrate en mi pequeña caja fuerte —dijo Mag doblando el mensaje hasta reducirlo a algo mayor que un dedo—. Y fíjate que no hay nada más seguro.

—Yo conozco un lugar más seguro —dijo una voz que no era la de Jill.

Mag estaba tan distraída tratando de meter el documento en la liga que sonrió.

—Esto es como el Banco de Fénix…

Se interrumpió con un respingo al darse cuenta de que no era Jill quién hablaba.

Era uno de los dos tipos que acababan de entrar en la habitación sirviéndose de una ganzúa.

Ambos poseían la cara más espantosa de asesino que podía verse. Mag abrió la boca para emitir un chillido y allí estuvo su error. El que había hablado, un sujeto de manos enormes, la cazó por el cuello y apretó.

El grito fue cortado en el mismo pescuezo de Mag que sentía la

terrible presión del estrangulador.

Aquellos dedos siguieron apretando y Mag se dio cuenta de que no respiraba ya. ¡Se estaba ahogando! ¡La mataban!

Trató de mover los pies, pero le parecía que ya no le pertenecían.

Se moría. Empezó a despedirse de su vida de dama allá en Dallas. Era el fin.

Y de repente todo se oscureció.

El tipo de las manazas abrió la tenaza de los dedos y Mag golpeó siniestramente en el suelo.

—Ya la apañé, Louis.

Louis era un muchacho rubito de ojos tristes.

—Lástima de mujer. Fue un huracán. No, Mac… No hace falta que le pises el cuello. Acabemos con éste.

Jill sabía que se referían a él.

Desde hacía rato el espanto había hecho presa en él.

Pero ante el cadáver azulado de Mag, su pánico era de locura.

Sin embargo, aún tuvo arrestos para agacharse y recoger el documento doblado al tamaño de un dedo.

—¡Tómenlo, pero no me maten, muchachos! ¡Renuncio al asunto!

El rubito Louis sonrió simpáticamente.

—Claro que vas a renunciar. Jill.

Y apretó el gatillo del revólver.

Jill chilló dando un salto.

Ya en el aire consiguió retorcer el cuerpo y encaminarlo hacia la ventana.

Salió por allí, llevándose los cristales.

Los dos asesinos corrieron hacia el hueco y Mac masculló:

—¡Condenación, se lleva el papel! ¡Abajo inmediatamente!

Jill había llegado al suelo y sintió un crujido en el pie. Seguramente se lo había fracturado. ¡Pero aún tenía la sartén por el mango mientras poseyera el mensaje! Ahora todo lo que tenía que hacer era correr. Correr.

Pero lo único que hizo fue arrastrarse por el callejón.

No podía avanzar. Pronto los asesinos lo atraparían allí.

Y se le ocurrió en el último instante.

Consideró que mientras no encontraran el mensaje podría seguir

viviendo. No lo matarían hasta que no apareciera la condenada confesión.

Se asomó a una ventana que pertenecía al consultorio del doctor Wood.

Y vio que cerca de la ventana, un viejo, el tío del doctor, amasaba el yeso para una fractura.

El viejo estaba de espaldas. Allí había un escondrijo.

Jill arrojó el documento doblado como un dado de póquer.

El papel cayó en la palangana del yeso, pero el viejo tío Rocky siguió amasando.

Jill sonrió y fue al encuentro de los dos asesinos a la boca del callejón.

Mac y Louis entraban entonces revólver en mano.

—Quieto, Jill.

Jill sonrió.

—Eh, me tragué el papelucho.

—¡Regístrale, Louis! —rugió Mac.

Louis registró a Jill.

Pero de repente le vino la inspiración.

Vio la ventana abierta y se asomó contemplando a un viejo que amasaba una pasta blancuzca.

El viejo contemplaba algo sólido que acababa de aparecer en la masa, pero se encogió de hombros y tiró otra vez el grumo en la masa y gritó:

—¡Ya voy muchacho! ¡Ya voy!

A continuación, atrapó el yeso con las dos manos y salió de la estancia dejando a Louis con los dientes prietos.

Louis regresó donde estaban Mac y Jill.

Apuntó a este último con el Colt.

—El muy bastardo ha tirado el documento dentro de una palangana llena de pasta que hay dentro de esa casa.

Mac torció las facciones lleno de furia.

—¡Hijo de perra! —rugió.

Arrojó un cuchillo que fue a clavarse hasta el mango en el pecho de Jill.

CAPÍTULO V

El tío del joven doctor Wood acabó de enyesar el brazo del rubio Billy *Full*, desde el sobaco hasta la muñeca.

—¿Qué les parece mi trabajito? —rió cascadamente el tío enfermero.

Billy miró compungido el yeso y alargó el cuello para protestar.

—¡Esto pesa diez kilos! ¡No puedo moverme! ¡Lo han hecho a propósito!

Johnny Spillen sonreía y palmeó el hombro del anciano.

—Ha hecho muy bien, abuelo. Así no escapará.

—¡Je! Siempre me reservo algo de yeso de las fracturas para mis trabajos de escultor aficionado. Pero esta vez no sé si me quedará ni para modelar un pájaro.

Johnny se volvió hacia el doctor, que ahora regresaba de lavarse las manos.

—¿Cuánto debe durarle el yeso, doc?

—Tres semanas como mínimo.

Johnny se rascó el mentón, preocupado.

—En el caso de que haya ejecución, nos hemos lucido. No se puede subir al patíbulo a un asesino, por muy criminal que sea, mientras tenga el brazo enyesado.

—Tú siempre pensando en colgarme, Johnny —sonrió ferozmente Billy *Full*—. Pero te quedarás con las ganas.

—Veremos. Bien, doctor y enfermero. He tenido mucho gusto.

El doctor Wood y su tío saludaron a los dos hombres.

Y se tropezaron con otros dos individuos en la puerta. Dos sujetos de aspecto sombrío que a la par clavaron los ojos en el enyesado del rubio.

El doctor se aclaró la garganta.

—¿Puedo servirles eh algo, caballeros?

Louis, el rubio acompañante de Mac, repuso con la sonrisa en los

labios:

—Sólo queríamos convencernos de que el gran Billy *Full* ha sido cazado. Nos parecía mentira.

La cara de Billy se animó.

—Eh, muchachos. Ayúdenme a deshacerme de este pesado de ayudante de *sheriff*. Les daré cien dólares a cada uno si me ayudan a escapar de sus garras.

—No se metan en esto, amigos —dijo Johnny, observando a los dos tipos.

El doctor y su tío se miraron y decidieron dar media vuelta y desaparecer en el consultorio por si había jaleo.

El rubito Louis miró de arriba abajo al ayudante de *sheriff*.

—Lo que nos ofrece el gran Billy es digno de tenerse en cuenta, ¿sabe ayudante?

—¡Les duplico la cantidad! —exclamó Billy cada vez más animado—. ¡Doscientos pavos para cada uno!

—Lo pensaremos —guiñó Louis un ojo.

Johnny tomó del brazo sano a Billy *Full*, pero se dirigió a los dos tipos.

—No les aconsejó que piensen en la oferta. El detenido no tiene más dinero que el que hace falta para poner en marcha un organillo.

Y Johnny se llevó a Billy, que siguió gritando ofertas a los dos tipos que le habían caído tan bien.

Johnny y Billy entraron en el vestíbulo del hotel Fénix.

Billy hizo un gesto irónico.

—Eh, ayudante. No me digas que vas a gastarte la plata con una habitación para mí en este hotel de lujo.

—Quiero que estés cerca de mí mientras descansamos para emprender el largo viaje.

—Será un viaje que no haré jamás, Johnny.

—Ya sé. Piensas escaparte.

—Uno tiene muchos amigos, ¿sabes?

—Oh, sí.

—Ya has visto el detalle con estos dos muchachos. Sin conocerlos, ellos habían oído hablar de mí y los envolvió una ola de respeto. Ya hacen proyectos para sacarme.

Johnny desistió de replicar a Billy y se aproximó al registro.

—Habitación doble —dijo.

El encargado de registro era un individuo muy erguido, que arrugó las narices a la vista del tipo enyesado.

—No admitimos detenidos, señor. Además, está prohibida la entrada de perros, canarios, loros y cualquier otra clase de animales. Lo que incluye los parásitos.

—¡Déjame que le pegue con el yeso, Johnny! —exclamó Billy, belicoso.

—Quieto. —Johnny miró al encargado—. ¿Alguien le hizo comerse el timbre, amigo?

—¿Cómo?

—Escupa la llave de una habitación doble o la gerencia tendrá que buscarse otro portero.

La fría mirada de Spillen hizo que el hombre del registro empalideciera y sacara un llavín con el número treinta y tres.

El *sheriff* Marcus *Body* llegó trotando.

—¡Eh Spillen! ¡No puede amenazar a nadie en una ciudad! ¿Entendido?

—Usted me dijo que no admitiría a *Full* en una de sus celdas. El *sheriff* tosió azorado.

—Tengo jaleos por encima de la cabeza para que además me ocupe de los detenidos de otros Estados.

—Pues ahí lo tiene. Nos hemos buscado alojamiento.

—Podrían haber elegido otro hotel más discreto, Spillen. En este vestíbulo se reúnen con frecuencia las personalidades más destacadas de la ciudad y no es cosa de mostrarles a un tipo esposado y con un brazo enyesado.

—Billy *Full* no saldrá de su habitación hasta que tengamos que tomar el tren para Barro Valley.

—A propósito de su tren. Spillen…

—¿Sí?

—Conseguí localizarlo en la vía muerta número siete. Creo que saldrá en cuanto pongan a flote la locomotora que hace agua por todas partes.

—Dígales que se den prisa, *sheriff*. No me gustaría permanecer demasiadas horas en Fénix.

—El chico tiene demasiado miedo de que mis amigos le compliquen la vida —guiñó *Full* un ojo.

—A callar —dijo Johnny—. Oiga, *sheriff*. Haga el favor de que me pasen aviso en cuanto esa cafetera con ruedas esté a punto.

—No sabe las ganas que tengo de verle partir con su fracturado detenido. Demonios, hoy es un día de los aciagos.

—¿Sí, *sheriff*?

Body escupió a distancia hacia una escupidera de bronce bruñido.

—No sólo me sirvió usted los dos fiambres ahí enfrente. También he tenido un caso de estrangulación en la persona de una bella de saloon, y han acuchillado a un tipejo en un callejón. Cuatro muertos y estamos a mediodía, infiernos.

Johnny palmeó la espalda del *sheriff Body*.

—Animo, autoridad. Eso ocurre en mi ciudad en un día de los normales.

—Pero no en la época de votaciones para gobernador del Estado. Eso altera a la gente y las cosas van como van.

—¿Cómo van?

—Recibí quejas de la oficina de Charles Radigan, el brazo derecho del senador James Bentley. Dice que estos desaguisados van en contra de su propaganda. Conque tendré que andarme con mil ojos para que no ocurran más cosas o pronto tendré que buscarme trabajo de deshollinador.

—No se desanime, hombre —dijo Johnny.

En eso. Johnny vio acercarse a la bella Karin portando un bloc de notas.

—Necesito entrevistar a su detenido, señor Spillen.

Billy *Full* se animó a la vista de la muchacha.

—Bien hecho, muñeca. Johnny Spillen ya ha tomado una habitación en este hotel para que tú y yo podamos entrevistarnos.

—No hay información —dijo Johnny.

Karin inspiró aire con fuerza.

—No puede privar a los lectores de El Globo de Fénix de un artículo acerca de los peligros de la delincuencia, señor Spillen.

—Muy bien dicho, muñeca —interpuso Billy, la cabeza entre Johnny y Karin—. Yo la pondré al corriente y también le daré la vacuna contra ese peligro y otros peores.

Johnny lo empujó poniéndole la mano en la cara.

—No puede ser, Karin.

¿Por qué? ¿Quién es usted para impedir la libertad a la Prensa?

—Al publicarse la detención de Billy *Full*, muchos de sus compinches tratarían de complicarme la vida.

—Es una excusa muy débil, señor Spillen.

—No encuentro otra más consistente.

—Entonces deje que entreviste al detenido.

—Me lo pensaré. Andando hacia arriba. Billy.

—¡No puede impedir la noticia de una captura! ¡Y la publicaré quiera o no!

—Mejor publique recetas de cocina. Ya sabe, croquetas, rellenos, pasteles…

Karin fulminó con la mirada al ayudante de *sheriff*, que subía al detenido a la habitación.

Luego, dio un resoplo y salió del vestíbulo del hotel.

Charles Radigan tenía los brazos levantados, como alas protectoras sobre las mil cabezas de los vecinos que se habían congregado al pie del balcón y acabó su discurso:

—¡Y todo eso es lo que prometemos a ustedes si votan por el austero James Bentley!

La multitud rugió de entusiasmo y se elevó un ciclón de aplausos.

Charles Radigan reculó hacia la estancia, sonriendo con todos los dientes a los cientos y cientos de vecinos de Fénix.

Cuando ya estaba dentro de la habitación, su sonrisa se esfumó como por ensalmo, dejando paso a un gesto de furiosa perplejidad.

—¿Qué infiernos me cuchichearon cuando estaba en pleno discurso, maldición?

El joven Dan se pasó la mano por el cabello blanco y dijo:

—Por desgracia lo has oído demasiado bien a pesar de estar soltando el carrete.

Charles Radigan entrecerró los ojos.

—¿Luego es cierto lo que oí? ¿Dijeron… dentro de un enyesado?

Dan se volvió hacia el rubito Louis y el malcarado Mac.

—Aquí tienes a los muchachos que envié para el trabajo de la Opulenta y su socio.

Louis carraspeó, respetuosamente.

—Yo mismo lo vi, señor Radigan.

—Condenados, ¿dejasteis que el papelucho se quedara dentro de un enyesado?

—Dan Market ya le habló algo acerca de un ayudante de *sheriff* que detuvo a un forajido en la calle Principal.

—Sí, aquellos disparos.

—Ajá, señor Radigan.

—Sigue.

—El ayudante llamado Spillen se cargó a dos acompañantes del chico llamado Billy *Full*. Pero éste resultó con lesiones en el hueso del brazo y acudieron a casa de un, matasanos llamado Wood.

—También sé quién es el doctor Wood.

—Bueno, pues el tío del doctor era el que amasaba el yeso y el hombre que arrancó la confesión al senador echó en el yeso el papel debidamente doblado. Luego, enyesaron con este material al forajido y va tiene el condenado papelito enterrado entre el yeso de ese Billy *Full*.

—¡Maldición, ni hecho adrede resulta más difícil!

Todo fue obra del largo brazo de la casualidad.

—Bien, hablando de brazos, supongo que ya tienen ahí afuera el brazo de ese forajido, ¿eh?

Louis pestañeó:

—¿Quiere decir si hemos cortado ese brazo y vamos a sacar el papel de entre el yeso?

—Sólo hay que reducir a cascajo el yeso y encontraremos el documento comprometedor.

Louis sacudió la cabeza.

—No hemos ido tan aprisa.

—¿Cómo que no han ido tan aprisa? ¿Quieren decir que el papel está todavía en el yeso, el yeso en el brazo y el brazo en el forajido?

—Pues, sí —dijo Louis, algo entrecortado.

—¡Condenación de condenaciones! ¡Tengo el equipo más completo de retrasados mentales que su pueda reclutar!

Louis y Mac recularon al ver las furiosas facciones del prohombre Radigan.

Dan, el joven del cabello blanco, intervino conciliador:

—Espera, Charles.

—¿A qué tengo que esperar?

—Tal vez no haga falta empeñarnos en recuperar ese

documento.

—¿Qué farfullas, criatura?

—Verás, Charles. Ese forajido será conducido a Barro Valley, un pueblo olvidado del estado de Texas. Allí el tipo será juzgado, tal vez colgado, y en ese caso enterrado. Bueno, ya puedes considerar perdido el papel de la confesión, que es lo que al fin y al cabo nos interesa.

Charles Radigan enseñó sus piezas dentarias al hacerlas rechinar con violencia.

—¡Quiero tener ese papel en mis manos Dan! ¿Te enteras? En mis manos. Y ser yo quien lo destruya.

—Bien, Charles. Eso no es tan difícil. Ahora lo arreglarán los chicos.

—Ese papel saldría a la luz del modo más insospechado. Como ocurre siempre con las cosas que se quieren ocultar. No. Dan. No puedo arriesgarme a que se pierda por las buenas. Quiero asegurarme de que queda bien destruido. ¿Se aseguraron si fue fotografiado?

Louis carraspeó.

—Llegamos a tiempo antes de que salieran Mag y Jill con ese fin.

—Entonces sólo nos queda que machacar ese brazo enyesado y encontrar el documento.

—Sí, señor Radigan. Así lo haremos.

—Y si fallaran —agregó Charles con un trémolo amenazador en la voz—. Si fallan ya pueden encargarse el tipo de ataúd que más les guste porque no vivirán para contarlo.

Louis y Mac retrocedieron muy impresionados y salieron más que aprisa del despacho de Charles Radigan.

Éste empezó a sonreír de buena gana.

—Por fin vamos a tener el condenado papelucho —dijo.

Y como en la calle los reunidos pedían a coro que volviera a hablarles, Radigan se estiró la levita, enderezó el cuerpo y al salir al balcón, alzó los brazos y dijo:

—Damas y caballeros; amigos de la decencia, la austeridad, y la civilización…

CAPÍTULO VI

La voz de Charles Radigan llegaba al otro lado de la manzana de casas.

Y entraba por la ventana del hotel Fénix.

—… James Bentley es el hombre que os ha devuelto la confianza… Johnny Spillen cerró la ventana cortando la voz de Radigan. —¿Hablas, o abro la ventana y te tragas el discurso Billy? —. ¡Por todos los santos! ¡No! ¡Hablaré!

—Así, me gusta. No soy del parecer de torturar a los detenidos. Billy asintió jadeante.

—Guardamos cinco mil dólares en la Cueva del Oso. El resto lo repartí entre Gary y Luke. Ahora yo tenía el propósito de regresar, desenterrar el dinero y darte el esquinazo. Ya lo sabes todo.

—Me esperaba una faena de esa clase. Billy.

—¡Pero yo no maté al ranchero Flanagan!

—¿No?

—Infiernos. Johnny. No soy un asesino. Sólo un ladrón. Pero tuve que asociarme con esos dos matasietes y mira si me han dado disgustos. Se cargaron a Flanagan cuando yo sólo pensaba sacarle la plata.

—Ya firmarás esa declaración, Billy. De todos modos, no te garantizo que escapes de la horca. Ya sabes cómo es el jurado de barro Valley. La misma soga da a los cómplices que a los asesinos. Conque considérate colgado.

—Tú siempre dando ánimos, Johnny.

—Si te portas bien, trataré de echarte un cable.

—Di mejor una soga de cáñamo. Te conozco, ayudante.

—Háblame en ese tono y no miraré que tienes un brazo roto, Billy.

—Sí, anda, pégame encima. Pero te juro que como salga de esto, te acordarás de Billy *Full*.

—Me acordaré de todos modos.

Será cuando vengan muchachos que me aprecian. Ya lo sabes. No tardarán en aparecer. Tengo muchos amigos, muchos, Johnny. Y pronto se correrá la voz de que el gran Billy *Full* está en apuros. Ya lo veo. Tendré que decirles: «Muchachos, despacio. Uno a uno. No vengan todos a sacarme de encima a este bastardo de ayudante».

—Te la vas a ganar. Billy.

—Vas a pegarme, ¿eh?

Johnny abrió la ventana y el discurso de Radigan resonó en la habitación.

Billy encogió el cuello y con los ojos cerrados chilló:

—¡No! ¡Eso no!

Johnny esbozó una sonrisa y salió de la habitación, cerrando por fuera con dos vueltas de llave.

En eso, un botones pelirrojo de cara granujienta, llena de pecas, se acercó con presteza por el corredor.

—Hola, señor Spillen. ¿Me necesita?

—Voy a salir un rato y quiero que te cuides de que ese tipo no salga de ahí dentro valiéndose de triquiñuelas.

—¿Qué no baria yo por un dólar, señor Spillen?

Johnny lo miró ceñudo, pero se rascó el bolsillo y le dio un dólar.

El chico se quedó hipnotizado al ver el bolo de billetes que mostró el ayudante del *sheriff*, y tosió suavemente.

—Con dos dólares más le diría en qué rincón de este hotel se celebra una partida de dados.

—No, gracias.

El chico volvió a toser.

—Entonces, ¿qué tal si se queda con un número?

—¿Número?

—De una rifa entre ciertos personajes del hotel.

—¿Cuál es el premio, hijo? —Parpadeó Johnny, suspicaz.

El chico sacó un talonario del bolsillo.

—Aquí dice un pavo, pero es mentira.

—Ajá. ¿Qué premio hay en vez del pavo?

—Una pelirroja.

Johnny entrecerró los ojos.

—Repítelo.

El chico tosió.

—Se trata de un negocio entre un huésped y yo. La chica esperaba a un tipo importante para que la llevara de viaje. Pero resulta que el hombre no ha dado señales de vida y mire por dónde, la pobre muchacha lleva debiendo una semana de hotel. Totalmente anclada. Conque se me ocurrió ayudarla y organizamos esto de los boletos. Con lo que consigamos, ella podrá pagar el hotel, tomar su billete y seguir rumbo al norte, donde tiene mucho campo en los escenarios de saloons y demás. Bien, se lo explico para que vea que no hay nada ilegal. El que salga premiado tendrá la llave de la habitación de la pelirroja, sólo por una noche. Luego ella recibirá el importe de los boletos, deducida naturalmente una pequeña parte que me corresponde por la venta. ¿Verdad que es ingenioso, a la vez que apasionante, señor Spillen?

Johnny había enmudecido de respeto ante aquel renacuajo de pelo rojo.

—¿Cuánto vale el boleto?

—Se va a reír. Cinco miserables dólares. ¿Cuántos le corto?

—Uno.

—Eh, le aconsejo que tome tres más. Así aumentan sus posibilidades. Me quedan muy pocos.

—Tal vez te tome alguno más tarde.

El chico cuchicheó al oído de Johnny.

—El *sheriff Body* compró cuatro.

—Vaya con el viejo sabueso.

—Y uno que le di de regalo para que hiciera la vista gorda por manejar esta lotería ilegal.

—Tú llegarás lejos, chico —dijo Johnny y se apartó.

—¡Si quiere ver el premio asome el ojo por la cerradura del dieciocho, señor Spillen! —gritó el chico al ver alejarse a Johnny—. ¡Seguro que entonces me compra media docena más!

Johnny descendió la escalera del hotel y, al llegar al vestíbulo, el *sheriff Body* entró por la puerta.

—Hoy es mi día de mala suerte. Spillen.

—¿Qué pasa, *sheriff*?

—Ese condenado tren a Barro Valley.

—No me diga que todavía no está en condiciones.

—Al ir a maniobrar, se rompió una biela y la están cambiando.

Johnny apretó los maxilares, impaciente.

—Nunca voy a salir de Fénix, infiernos.

—Más ganas tengo yo de que se aleje en esa cafetera con su forajido. Por eso me quejo de mi suerte. Porque aún permanecen en la ciudad.

—No debe tener cuidado, *sheriff*.

—He visto pulular ciertos tipos que no me gustan nada.

—¿Qué clase de tipos, *sheriff*?

—¿Recuerda aquellos dos fulanos que se encontró en la puerta del consultorio del doctor Wood?

—¿Los que *Full* invitó a que lo libertaran?

—Los mismos, Spillen.

—¿Que les duele?

—Los acabo de ver merodeando por los alrededores del hotel. Para mí que se traman algo.

—Si intentan algo con *Full*, no tendrá más remedio que darles un susto.

—Ahí me escuece. Spillen. Usted se las pinta sólo para sacar el revólver, hacer una carnicería y luego ordenar tranquilamente que echen serrín en los manchones del suelo.

—¿Puede hacerme un pequeño favor, *sheriff*?

—Ya sé. Que vigile al detenido.

—Se negaría. Sólo quiero que vigile a esos dos individuos de que me habló. Impídales que suban a las habitaciones.

—Es fácil, Spillen, si sólo se trata de eso…

—Y encargue también una comida decente para dos personas y que la suban a la habitación. No tardaré en regresar.

—¡No soy su mayordomo Spillen! —refunfuñó *Body*.

Pero Johnny ya alcanzaba la acera.

Casi tropezó con Karin, que portaba su eterno bloc de notas.

—¿Va a dejar que entreviste al detenido o no?

Johnny se pasó cansadamente la mano por la barbilla.

—Si lo quiere entrevistar, habrá de ser a través del ojo de la cerradura porque la habitación tiene dos vueltas de llave.

Karin apretó los labios.

—En mi vida he visto a un ayudante de *sheriff* más antipático que usted…

—Sólo cuando estoy de servicio. Hasta luego, Karin.

A continuación, Johnny se dirigió a la estación de telégrafo.

Puso un mensaje al *sheriff* de Barro Valley para darle cuenta de la detención de Billy *Full* y de los inconvenientes del condenado tren.

Después, pasó por la estación, donde le dijeron que el pequeño tren tardaría, todavía cuatro horas en ser puesto a flote.

La estación de tren y la telegrafía estaban cerca del hotel Fénix. Pero no lo suficiente para que Johnny viera lo que ocurría.

El *sheriff Body* hablaba con Karin y entretanto, por detrás de *Body* se colaron los dos tipos que merodeaban el hotel, Louis y Mac.

CAPÍTULO VII

Rudy, el botones del hotel, vio acercarse a los dos sujetos, el uno rubito y el otro malcarado.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—En abrir la puerta —dijo el rudo Mac.

—Eso no será posible, señores. El cuarto está ocupado.

—Por su lisiado del brazo derecho, ¿eh?

—Sí, señor.

—Nosotros somos sanitarios y venimos a revisarle el brazo. Rudy los miró sospechosamente.

No tienen tipo de doctores, amigos.

—Pero sabemos hacer la trepanación a los chicos preguntones y malpensados —sonrió Mac.

—Eh, cálmense. El hijo de mi madre tiene que darle a ella muchos nietos todavía.

—Pues cierra el pico y conservarás ese instinto de paternidad o será peor para ti.

Rudy encogió los hombros.

—No tengo llave.

—Aquí hay una ganzúa que irá como los ángeles —dijo el rubio Louis sacando un gancho que introdujo por la cerradura.

Rudy chascó la lengua.

—Presumo que el señor Spillen se va a enfadar mucho con todo esto, señor.

—Deja que se enfade —dijo Louis y ya trabajaba con la ganzúa. Pronto la cerradura cedió y la puerta quedó abierta.

—¡Eh! —gritó el botones al verse lanzado adentro por el pescuezo.

Los dos desconocidos entraron tras él y cerraron con el pie.

—A callar y no te ocurrirá nada —dijo Louis.

El detenido Billy *Full* sonreía ampliamente.

—Caramba, muchachos. Ya me preguntaba cuánto iban a tardar en sacarme de aquí.

Louis le guiñó un ojo.

—Nos… nos cayó en saco roto tu oferta. Billy *Full*.

—Así me llamo, muchachos. Y aunque os admita en mi pandilla y sea vuestro jefe, podéis seguir llamándome Billy porque me encanta la fraternidad.

Louis cabeceó:

—Nosotros somos muy fraternos, Billy. Eh. Mac. Prepara el martillo.

Billy frunció el entrecejo.

—Eh, estas esposas no saltarán fácilmente a martillazos.

Louis y Mac se miraron y rieron a carcajadas.

En eso cesaron de reír porque escucharon unos golpes en la puerta.

—Ve a ver quién es —dijo Louis.

Mac abrió un poco y giró la cabeza.

—Es una fulana. Esa del periódico.

Maldición —dijo Louis—. Y nos ha visto el rabo. Anda, hazla pasar.

—Esto se va a llenar como un apeadero de ferrocarril, Louis. Mac abrió la puerta del todo y dedicó a la chica la mejor de sus sonrisas.

—Adelante, periodista. Aquí tiene tema.

Karin se ahuecó el cabello instintivamente, como hacen algunas mujeres cuando hay hombres en un recinto.

—Encantada por la invitación, caballeros.

Mac cerró tras la visitante.

Karin observó al forajido del brazo enyesado.

—Quisiera hacerte unas preguntas. Billy.

Éste se esponjó.

—De acuerdo. Llega a tiempo de contar en su periódico cómo Billy *Full*, el gran tipo, consiguió dejar con un palmo de narices a Johnny Spillen, ayudante del *sheriff* de Barro Valley.

Karin entreabrió la boca, sorprendida.

—De modo que están aquí clandestinamente, aprovechando la ausencia del señor Spillen.

—Sí, muñeca —sonrió Billy—. Estos chicos han venido a

librarme de las garras de Spillen.

Mac sonrió mostrando un feo martillo.

—A librarlo de las garras de Spillen y a quitarle el yeso del brazo.

—¿Qué le dije? —Dio Bill *Full*.

Pero de repente la risa se le apagó como una vela.

—Sí, Karin —agregó Mac—. También podrá describir en la página negra de su periódico cómo se astilla un brazo ya roto de por sí.

Karin emitió un entrecortado grito, que fue coreado por un fuerte respingo de Billy.

—Eh, muchachos, ¿qué chiste es ése? —sonrió forzadamente—. Vamos a hacerte saltar el yeso.

—Pero lo que yo necesito es que me quitéis estas esposas de la mano sana.

—Primero el yeso —dijo Mac.

Y como tomaba puntería en el yeso con el martillo Billy exclamó:

—¡No podéis hablar en serio!

—¿No? —dijo Mac y dejó caer el martillo sobre el enyesado. Entonces Billy emitió un agudo chillido.

También gritó Karin.

Y Rudy, el botones, abría la boca de par en par, petrificado.

Mac maldijo mirando el martillo.

—Ese yeso está más duro de lo que yo creía, infiernos.

—Pues acaba porque Billy está cantando de lo más entonado.

En efecto, *Full* aullaba porque había sentido la onda del dolor proyectada por el martillazo preliminar de Mac.

Como se escuchaba abrirse puertas en el corredor, el rubito. Louis salió y vio muchas cabezas asomadas en sus respectivos cuartos.

—No es nada, señores —sonrió—. Mi esposa tiene para poco y pronto me convertirá en padre. Esos gritos son precursores de alegría.

Una cabeza de anciana se dulcificó al escuchar los aullidos que partían del cuarto de enfrente y con ella todas las cabezas se escondieron en su lugar.

Louis cerró y dijo:

—¿Qué pasa, demonios? ¿Todavía está intacto ese yeso?
—¡Hay dos pulgadas de cemento, condenación! —protestó Mac—. Pero si tuviera un martillo más pesado, ya estaría todo en orden.
Billy pataleaba gritando a más y mejor, a coro con la aterrorizada Karin, que jamás había visto un espectáculo igual.
El botones chascó la lengua y compuso una agria mueca.
—Deberían empezar por soltarle un martillazo en el cogote y así, trabajarían en silencio, caballeros.
Mac detuvo el martillo en el aire.
—Infiernos, el mocoso tiene ideas.
—Más que tú —masculló Louis—. Anda, anestesia general.
Mac le acarició la frente a Billy, valiéndose del mazo y Billy bizqueó y comenzó a piar.
Karin exhaló un gemido y se desmayó.
Como quedó sobre el diván, los ojos de Mac se posaron en ella.
—Qué maravilla de mujer. Louis. No tiene desperdicio.
—Yo me encargaré de averiguarlo mientras tú le das al martillo.
Y Mac alzó el mazo mientras Louis se aproximaba al diván.

Johnny dio media vuelta para encaminarse al hotel y se tropezó con dos fulanos de ojos como rendijas y sendas cabezas apepinadas, por lo que se deducía que eran hermanos.
—Apártense, muchachos.
—¿Oyó hablar de los hermanos Holler?
Johnny frunció el entrecejo.
—¿No eran dos tipos que hacían ejercicios con palanganas en plena vía pública y luego pasaban en sombrero?
Los dos cabezas de cohombro se miraron perplejos.
—No, míster —dijo el más alto—. Sabían hacer otras cosas.
—Seguro que son ustedes.
—Pónganos que así es.
Johnny los apartó.
—Ya me harán una demostración otro rato, muchachos.
—Se la haremos ahora. Spillen —dijo el alto.
—Luego, chicos, luego —decía Johnny ya camino del hotel.
—¡Spillen! —gritó el alto—. ¡Usted no puede volver al hotel!
—¿No?
—¡Lo va a impedir esto!
Y de repente ambos sujetos echaron mano a las armas y

gatillaron a un tiempo.

Todo fue tan brusco que Johnny apenas tuvo tiempo de saltar a un lado.

Las primeras balas le abanicaron los pómulos.

Pero las segundas ya no las sintió porque los dos tipos trataron de corregir la puntería.

Y llegaron tarde.

Johnny hizo crepitar el Colt en su mano, donde apareció como la paloma en la mano de un mago.

Ése fue el efecto que causó a la vista de los dos sujetos.

Pero en vez de paloma resultó un pájaro de muerte porque les picoteó el pecho y el cuello, y los picotazos los lanzaron de mala manera al polvo de la calzada.

Johnny no esperó a ver cómo caían.

Enfundó el Colt, ya moviendo las piernas a una velocidad de cohete.

Y como un bólido, subió las escaleras del hotel Fénix.

Tan aprisa iba que no pudo detenerse a tiempo ante la puerta de la habitación treinta y tres y entró como un ciclón.

El rubito Louis iba a poner la mano sobre Karin, pero viró de rumbo y, abandonando el cuello de la chica, puso la zarpa en la culata del Colt.

El grandullón que empuñaba el martillo tiró éste a la cabeza de Johnny Spillen errando por milímetros.

Pero su mayor error consistió en sacar el revólver.

La habitación se llenó de estampidos que parecieron romper los tímpanos.

Hubo un coro de gritos.

Gritaron Karin y Billy, que despertaron a un tiempo de su tan diferente desmayo.

Gritó el botones Rudy y con él los dos asesinos.

El rubio se calló bien pronto porque engulló una bala del cuarenta y cinco y su cuello era sólo un treinta y siete. Conque se ahogó.

El rudo Mac recibió una posta entre las cejas que lo mató de pie, calmándole el dolor de tripas que le causó el primer impacto.

Luego, muchos supervivientes se pusieron de acuerdo para desmayarse, ya que habían estado tan acordes en los gritos.

Se desmayó el botones Rudy, volcándose una palangana por sobre la cabeza.

Se desmayó Billy porque el brazo le dolía como un demonio. Y Karin también se desmayó.

Pero no corrió peligro porque Johnny la atrapó al vuelo y la llevó en brazos hasta el sofá.

CAPÍTULO VIII

El *sheriff Body* entró con el revólver por delante y pegando gritos, Al ver tanta gente tendida en la habitación, pareció ahogarse.

—¡Spillen! ¡Santo Dios! ¿Qué ha pasado?

—Nada que haya que lamentar, *sheriff*.

—¡Yo diría que esto es un panteón familiar!

—Sólo están muertos estos dos. Los demás se encuentran descompuestos, indispuestos, trastornados…

El *sheriff* dio un par de arcadas ante el olor a muerte.

—¡No son ellos solos, Spillen!

—El lavabo está al final del corredor.

—¡Gracias! —gritó el *sheriff* acuciado por las náuseas y salió convertido en un borrón—. ¡Pero ya hablaremos de esto!

—¿Dónde estoy? —dijo Karin volviendo en sí.

—En buenas manos.

Y Johnny la levantó en vilo del diván y la sacó de la habitación. Karin pataleó:

—¡Tengo que volver a la habitación y escribir mi artículo con todo detalle!

—Ya estuvo allí lo suficiente. Karin. Ahora sea buena y deje que limpien aquello.

—Déjeme en el suelo, de pie, claro.

Johnny la dejó libre.

—Ahora vuelva a la redacción y escriba la página femenina.

—Lo que ha ocurrido ahí dentro ha tenido mucha miga.

—Se refiere a esos tipos. Ya sé que querían poner en libertad a Billy.

—No, Spillen. Querían saltarle el yeso.

—¿Eh?

—Fue lo que me ocasionó el primer desmayo. Y me pregunto

por qué querrían hacerle eso.

—Tal vez eran dos sujetos que intentaban vengarse por algo. O querían hacerle cantar a Billy dónde tiene un dinero producto de robos, claro está.

—Puede ser. Pero no descansaré hasta saberlo. Soy de las que se huelen un buen artículo a cien millas a la redonda.

—Bien, Karin —respiró con fuerza Johnny—. La veré luego y hablaremos de todo esto.

—¿Me lo promete?

Johnny la miró a los ojos que ahora estaban muy cerca de él.

—¿Tiene dudas?

—No. Ademes fue usted muy oportuno entrando en esa habitación. Sentí el aliento de ese sujeto muy cerca de mi cuello.

—Olvídelo ya.

—Gracias. Johnny. Me siento mejor.

Ella dio media vuelta y cubrió el tramo del corredor.

Johnny la siguió con la mirada y se dijo que jamás había visto una criatura como aquélla.

El *sheriff* lo bajó de las nubes regresando del lavabo.

—Spillen —dijo—. Esto no va a poder ser.

—¿El qué autoridad?

—Me han dicho por la ventana del lavabo que ha dejado otros dos muertos frente a la estación.

—Los hermanos Holler, así dijeron que se llamaban. Pero lo peor fue que intentaron presentarse con una tarjeta escupida por sus revólveres.

—¿Querían matarle, Johnny Spillen?

—Trataron de impedirme a tiro limpio que regresara al hotel. Ya está claro. Estaban en combinación con esos dos tipos para que les dejara trabajar.

—Infiernos, lo que ya es demasiado es que usted tenga justificación para poder soltar plomo y más plomo. Dos muertos esta mañana. Dos ahora y otros dos en la estación. ¿Comprende, Spillen? Esto ya se pasa de la raya. No, no voy a tolerarlo.

—Entonces deprisa a esos mecánicos del tren. Los vi trabajar y se lo toman con mucha parsimonia.

—Les he rogado por sus hijos que trabajen aprisa y pongan esa locomotora en marcha, Spillen. Yo soy el mayor interesado en que

se largue de Fénix con su detenido.

—Sí, *sheriff*.

—¿En qué piensa ahora, Spillen?

—En el yeso de Billy. ¿Por qué tenían que intentar saltarlo a pedazos?

—Dígalo usted, Spillen.

—Le dije a Karin que los dos tipos sabían algo del escondite del dinero de Billy *Full* y trataron de sacárselo a martillazos.

—Pero usted no está conforme.

—No, *sheriff*. Hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Demasiados forajidos. Me esperaban dos en la estación y estos dos hacían el trabajo con Billy. ¿No le parece mucha alharaca?

—Depende del botín que tenga Billy en su agujero.

—Cinco mil dólares, *sheriff*.

—Entonces, ya está. Cinco mil dólares son una pequeña fortuna. Esos fulanos deberían estar enterados del botín y como usted se iba a llevar a Billy *Full* a Barro Valley, pensaron que antes sería bueno arrancarle el secreto a martillazo limpio. Una vez usted y Billy se largarán a Texas, entonces ellos tomaban el camino del escondite, y a por el botín se ha dicho.

Billy rompió a gritar al recuperar el sentido y, seguramente, al notar los alfilerazos de su brazo roto.

Johnny entró en la habitación.

—Calma, Billy, calma.

—¡Me estoy muriendo! ¡Esto es atroz!

Johnny le atizó un par de píldoras de las que el doctor Wood le había dado como calmante.

Tras hacérselas engullir con agua, Johnny dijo:

—Ahora hablemos de esos dos tipos que ves en la alfombra.

—¡Te los cargaste Johnny!

—Ellos lo quisieron.

—¡Dios santo! ¡Ahora sería capaz de darte un beso en la frente!

—Se lo das a tu abuela. Billy.

Éste arrugó la cara, ya bajo el efecto rápido de las píldoras.

—Si no llega a ser por ti, esos tipos me rajan el enyesado. —De eso quería hablarte. ¿Por qué querían hacer eso?

—¡Y yo qué sé, Johnny! ¡Entraron aquí con la chica y el

muchacho del hotel! ¡Pensé que iban a sacarme las esposas de la zarpa izquierda y sólo se les ocurrió emprenderla con mi yeso! ¡Dios Santo, qué dolor!

—Y te preguntaron dónde estaba el botín, ¿eh?

—No. Johnny. No lo mencionaron.

Johnny frunció el entrecejo.

—Sí que es raro.

—Para mí, que eran tipos pagados por Leo el Terror de las Mujeres. Ya sabes. Aquel bastardo al que metí dos balas en el hígado por incompatibilidad de caracteres. Leo murió rabiando y seguro que se gastó sus dólares en que éstos me ajustaran las cuentas.

—Tal vez, Billy.

—Demonios, qué dolor, qué alfilerazos…

—Trata de calmarte, Billy. Échate en ese almohadón y procura dormir.

Billy sonrió forzadamente.

Puso una mano en el flanco de Johnny.

—En el fondo eres un buen tipo. Johnny. Lo que pasa es que trabajamos en bandos opuestos. Ahora mismo, dándome estos cuidados, me recuerdas a mi buen padre cuando me arropaba en la cama.

Johnny le pegó un manotazo en la zarpa sana.

Le arrebató la llave de las esposas que acababa de robarle con tanta mojiganga.

—Y tú me recuerdas a un carterista asesino que colgamos en Barro Valley.

—¡Uno tiene que echar mano a todos los recursos para escapar Johnny! ¡Tienes que comprenderlo!

Spillen le dirigió una aviesa mirada y volvió a reintegrar la llave a su bolsillo.

El botones Rudy había salido al lavabo y ahora regresaba empuñando su talonario.

Eh, señores. Ahora que todo ha pasado, tal vez me compren los últimos boletos. Quedan cuatro, señores cuatro…

—Lárgate. Rudy.

—Pero, señor Spillen. Tal vez la suerte les sonreía. Y la pelirroja podría acompañarles. Aquí solos los dos se van a aburrir mucho y

Doris sabe muchos juegos de manos.

—Esfúmate.

El chico hizo una mueca, encogió los hombros y se dirigió a la puerta.

—No diga luego que no se lo advertí. ¡Mmmm! Si la viera, ayudante. Sentiría que los dientes le crecían así.

Johnny fue hacia Rudy, quien dio un brinco y huyó por el corredor.

Entonces vio a un grupo de personas encabezadas por el *sheriff*.

Body fue el primero en hablar.

—Spillen, no cierre la puerta.

—El estado del herido no permite visitas, *sheriff*.

Body sonrió forzadamente y señaló a un joven bien vestido, de cabello extrañamente blanco, que no le iba mal porque también sus cejas carecían de color.

—No queremos visitar al herido, señor Spillen —dijo el joven del pelo blanco.

—Ya.

—Mi nombre es Dan Market y soy el secretario del señor Radigan, a su vez hombre de confianza del senador Bentley.

—Mucho honor, amigo.

El joven sonrió con unos dientes de nácar.

—Por el *sheriff Body* nos hemos enterado de las dificultades que está pasando con su detenido.

—¿Sí?

—Y dadas las fechas de las elecciones y demás concentraciones públicas, hemos decidido cuidarnos de ciertos detalles.

Johnny miró seriamente al joven llamado Dan Market, que poseía un pelo y unas cejas blancos.

—¿A qué detalles se refiere, señor Market?

—Por ejemplo, a dar albergue a su detenido en nuestra estupenda cárcel de la ciudad. Y además trasladarle a usted a un apartamento de este hotel que tenga más comodidades que este de tercera categoría.

—Eso debe agradecerse, señor Market.

Dan sonrió a sus acompañantes.

Ya les decía yo que un ayudante de *sheriff*, aunque venga de Texas, tiene que ser hombre comprensivo. Nadie se resiste al

razonamiento.

Hubo un murmullo de satisfacción.

Johnny rompió el rumor en seco.

—De modo que les doy las gracias por la atención y dispensen si declino.

—¿Cómo? —exclamó el joven Dan Market, helada la sonrisa.

—Por fortuna, el tren para Barro Valley no tardará en ser debidamente reparado y mi detenido y yo saldremos dentro de breves momentos.

El *sheriff* se vio acometido de una seca tos.

—Lamento decirle, Spillen, que ha surgido otra nueva avería en esa máquina.

—¿Eh?

—El compresor trasero empezó a salirse y hay trabajo para rato.

Los ojos de Johnny Spillen se entrecerraron.

—¿Está hablando en serio, *sheriff*?

—Míreme la cara y opine después.

—Es raro.

—¿El qué Spillen?

—Esa locomotora. Cuando va a ponerse en marcha, le pasa algo misterioso.

—Material demasiado viejo, señor Spillen —intervino otra vez el joven del cabello blanco—. Pero no tiene que preocuparse por eso. Usted tiene el mejor apartamento del hotel, completamente gratis. Y en cuanto a su detenido estará fuertemente vigilado en la cárcel por los ayudantes de *Body*, ¿eh, Marcus?

—Seguro —cabeceó el *sheriff*.

John Spillen entornó los ojos. Se estaba haciendo algunas preguntas. ¿Por qué aquel tipo de cabello blanco Dan Market, tenía tanto interés en que Billy *Full* fuese encerrado en una celda? Desde luego, no era por las razones que él decía. Estaba dispuesto a apostar a que no. ¿Estaba relacionado Dan Market con aquellos otros hombres que habían quedado listos para ocupar un lugar en el cementerio? ¿Y si le seguía la corriente? ¿No estaría en mejores condiciones de saber qué clase de asado estaba en el horno?

—Está bien, *sheriff* —contestó—. Le dejaré el detenido bajo su responsabilidad, hasta que esa locomotora pueda soplar en condiciones.

Dan Market sonrió untuosamente.

—Celebro que se muestre tan comprensivo. Ya sabe que lo tiene todo pagado. —Sacó dos cartoncitos azules que alargó a Spillen—. Aquí tiene un par de entradas para El Palacio de las Mujeres. No se pierda el espectáculo. Es algo enorme. Cuarenta muchachas, cuarenta.

John Spillen aceptó las dos entradas.

—Gracias —dijo—. Y ahora me disculparán, pero quiero hablar un momento con Billy *Full* antes de que pase a su jurisdicción, *sheriff*.

—Está bien —asintió *Body*.

Billy *Full* sonrió al verse a solas con Spillen.

—Al fin te voy a perder de vista. Johnny.

—Tengo que darte malas noticias, Billy.

—¿De qué hablas?

—Te van a llevar al matadero.

—No te creo. Me van a meter en una celda decente. Y seguro que me tratarán a cuerpo de rey, comparado con lo que me pasaría en Barro Valley.

—Billy, eres un torpón. Tienes menos sesos que un mosquito. ¿Es que no te diste cuenta todavía?

—¿De qué?

—De que te quieren matar por alguna razón. Tú mismo lo dijiste. Esos hombres vinieron aquí no para salvarte, sino para darte el pasaporte.

Billy *Full* dejó de sonreír y empezó a palidecer.

—¿Qué, es lo que has descubierto?

—Nada. Y por eso di el consentimiento para que te metan en la celda.

—¿Por qué?

—Si te matan, podré saberlo.

—¡No! —gritó Billy.

—Al menos servirás para una cosa en tu vida. Para descubrir el misterio que rodea este absurdo interés que algunas personas sienten por ti.

—¡No quiero ir a la celda del *sheriff*…!

—Me podría oponer si tú me contases la verdad. Ya sabes. Me refiero a lo que está pasando.

—¡No sé una palabra!

—¿Por qué no haces un poco de memoria? Seguro que te metiste en un lió gordo.

—No me metí en ningún lió, aparte del de Barro Valley.

—Lo siento. Billy, pero si no lo escupes ahora mismo, te dejaré en manos del *sheriff*.

—¡No quiero ir…! ¡Tienes la obligación de protegerme…! ¡Soy tu detenido Johnny! ¡Salgamos de aquí cuanto antes!

—La locomotora está averiada.

—¡Marchémonos a caballo!

—Eso baria el viaje muy largo.

—¡Maldita sea soy tu preso no del *sheriff* de Fénix…!

—Escucha bien esto. Billy… Te dejaré en manos del *sheriff Body*, hasta que te acuerdes de algo. Mándame aviso y yo pasaré por tu celda para escuchar la historia.

—¡Pero si no hay ninguna historia! ¡Te lo juro…!

—Trata de recordar cuando estés en la celda.

Johnny abrió la puerta e hizo una señal hacia afuera.

—*Sheriff*, el detenido es suyo.

Billy *Full* hizo una mueca compungida al ver entrar al *sheriff Body*.

—¿Dónde está Dan Market? —preguntó Johnny.

—Se marchó porque tenía trabajo con Charles Radigan, el que patrocina la campaña del senador Bentley para ocupar el puesto de gobernador.

—¿Cómo un senador puede ser gobernador…?

—James Bentley ya no es senador. Dejó de serlo hace cuatro años, pero ya sabes lo que pasa. Basta que fuese senador durante algún tiempo para que lo sigan llamando así.

—¿Qué tal es Bentley?

—Parece honrado. Siempre ha hecho campaña para proteger las buenas costumbres.

—Oí hablar algo de Radigan y no me parece un hombre a quien le gusten las buenas costumbres… En Dodge City dirigió un saloon y un par de establecimientos de mujeres. Hasta se llegó a decir que traía las chicas del Este y que las compraba como si fuesen gallinas.

—Bueno, cuando una persona está en la cumbre, tratan de echarla abajo calumniándola… Vamos. Billy.

Poco después Johnny Spillen se encontraba a solas, y seguía pensando.

CAPÍTULO IX

Dan Market sonrió satisfecho.

—Ya no tienes que preocuparte. Charles —dijo—. Billy *Full* está en una celda. Como su escayola quedó un poco averiada, el doctor Wood va a ponerle una nueva… Uno de los ayudantes del *sheriff*, Ted Jackson, se ocupará de quedarse con la vieja, que me pasará a cambio de cinco dólares.

Charles Radigan se echó a reír.

—Eso está bien. Dan. Por esos cinco dólares tendremos la confesión de Bentley y se habrán acabado las complicaciones.

—Ya te advertí que todo se podría arreglar.

—Sí. Dan. Y como ya está solucionado, vamos a ocuparnos de otros asuntos más interesantes. En primer lugar, ¿has sabido algo de Sam Burbanks?

—Sí, llegará hoy a Fénix con su cargamento de mujeres.

—¿Cuántas trae?

—Dieciocho.

—El trato eran veintidós.

—Se escaparon dos en el camino y otras dos murieron.

—A Sam Burbanks le voy a romper la cara. Le dije que necesitaba esas mujeres para el nuevo establecimiento que iba a abrir en Fénix.

—Bueno. Charles, con dieciocho podrás arreglarte. Además, ya sabes que Sam siempre trae buen género.

—Dan, me gusta que la gente me obedezca… Burbanks está acostumbrado a obrar por sí mismo, sin tener en cuenta a su patrón. No hay cosa peor que tratar con tipos así. A esa clase de gente hay que enseñarles los dientes para que sepan quién es el amo.

—Sí. Charles. Creo que tienes razón.

—¿Has preparado alojamiento para Sam y sus chicas?

—Ocuparán un almacén de trigo, al sur de la ciudad. Se quedó

vacío y yo lo alquilé. Estarán allí unos días, hasta que los albañiles terminen de trabajar en el local. Eso me recuerda que todavía no me has dicho quién lo va a dirigir.

—La verdad, es que no lo he decidido.

—¿Qué te parece Pamela Norton?

—Se le arrugó demasiado la piel, y se ha puesto fea como un demonio. Es lo primero que verán los clientes cuando lleguen aquí y eso siempre produce mal efecto.

—¿Mary la Chata?

—La conoce todo el mundo, y no me gusta su apodo. Quiero que sea un establecimiento de lujo. ¿Y cómo va a ir un tipo de clase allí, sabiendo que dirige el local una fulana que se llama Mary la Chata?

—Sólo queda Ruby Bruce.

—Me parece la mejor.

—Pero es tonta.

—Yo no diría eso. Lo que pasa es que Ruby resulta demasiado ingenua, pero quizá ésta sea la más conveniente. Mándamela dentro de un rato. Tengo que hablar con ella para leerle la cartilla.

—Será difícil que le metas las cosas en la cabeza.

—Lo intentaré, y espero no fallar. Asunto liquidado. Dan. Pasemos a otra cosa.

—El garito de Mike Denson.

Fue como si a Charles Radigan le hubiesen nombrado el diablo.

—¿Qué, pasa con ese bastardo Dan?

—No quiso oír hablar de tu oferta. Me entrevisté con él, como estaba acordado, y le ofrecí los diez mil dólares para que se largase de la ciudad.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Que Fénix es una ciudad lo bastante grande para ti y para él.

—De modo que dijo eso… Ahí tienes otro ejemplo de las tonterías que puede cometer un hombre. Dan. Mike llegó aquí antes que nosotros, organizó su garito y pensó que eso le daba prioridad para toda la vida. Ahora va a saber Mike Denson quién soy yo. Juro que lo va a saber…

—Me anticipé a tu idea y preparé un piquete de hombres.

—¿Cuántos?

—Una veintena.

—Estupendo. Dan. Quiero que ese piquete se deje caer por el

garito de Mike Denson esta noche, cuando haya más gente.

—Hace falta justificar nuestra acción. Charles, o nos expondremos a que el *sheriff* se meta con nosotros.

—A veces tú también me pareces un inocente. Dan. ¿Por qué crees que me meto en política…?

—Me lo has dicho alguna vez. Para tener las manos sueltas.

—Correcto. —Charles hizo una pausa y sonrió—. He montado una buena organización. Tenemos varias sociedades y una de ellas es la que lleva el nombre de Defensa de las Buenas Costumbres. ¿No es eso Dan?

—Desde luego.

—Muy bien, ese piquete de hombres se meterá en el garito de Mike enarbolando carteles en que se lea: «Abajo el vicio», y «Comité de Defensa de las Buenas Costumbres».

Dan se echó a reír.

—Charles, eres único.

—Naturalmente, sacaremos partido de la destrucción de ese garito. Llágate a la redacción de El Globo de Fénix y deja una de mis tarjetas. Será una invitación para que esa señorita periodista, Karin Talbot, cene conmigo esta noche. En el transcurso de la cena, le daré un ligero avance de lo que se debe hacer con los antros de juego.

—Es una magnífica idea.

—¿Algo más a tratar?

—Por ahora, no.

En aquel momento llamaron a la puerta. Un hombre de nariz ganchuda asomó la cabeza.

—Señor Radigan, es el señor Bentley. Dice que necesita hablar urgentemente con usted.

—Está bien, que pase.

El senador Bentley entró dando saltitos.

—¿Han recuperado ya mi confesión, Charles?

—Todavía no, pero es como si la tuviésemos en el bolsillo —a continuación, Radigan contó a Bentley cómo estaban las cosas.

—Me quitas un peso de encima. Charles —dijo el senador.

—Quiero que, en lo sucesivo, tengas más cuidado, Bentley. Esto estuvo a punto de costamos muy caro.

—Ya te conté cómo pasó. Me pillaron a traición. Tenías que

haber estado en mi lugar cuando ese fulano me apoyó el cañón en la cabeza… Cielos, creí que de verdad me saltaba la tapa de los sesos. Esto hay que celebrarlo. ¿Porque no nos vamos juntos a cenar y luego nos daremos una vuelta por el Palacio de las Mujeres?

Charles arrugó el ceño.

—Siempre pensando en divertirte, ¿eh. Bentley…? Después de todo, no te diferencias en nada de los demás políticos. Todos sois iguales. Quiero que te vayas a acostar temprano. Mañana tendrás un programa muy cargado. A las once has de visitar el orfelinato de la señora Smith.

—¿Un orfelinato?

—Quiero que te saquen fotografías con los niños acogidos. Si me informaron bien, son medio centenar… Publicaremos esa fotografía en los diarios. Quiero que te muestres amable con los niños, que te los sientes en las rodillas, que les acaricies la cabeza. Uno de los muchachos llevará un saco de caramelos que irás repartiendo entre ellos.

—Niños —repitió Bentley, arrugando la nariz como si oliese a pescado podrido—. Si al menos fuese un colegio de chicas de dieciséis años…

—Bentley, he invertido mucho dinero en este negocio. Tú vas a ser el gobernador del Estado, el prohombre que estará por encima de la crema, en todo lo alto de la tarta… Y eso me lo vas a deber a mí. Quiero que me correspondas para que todo salga bien. Además, no puedes marcharte porque, de un momento a otro, llegará tu esposa.

—¿Mi esposa? ¿Cornelia?

—Se supone que no tienes otra esposa más que Cornelia.

—¡Pero si no la mandé llamar!

—Eso fue cosa mía.

—¿Por qué me hiciste esa faena Charles?

—Será el único medio de mantenerte atado. Infiernos, eres el tipo más alocado con las mujeres que he conocido… Si encontrases un escocés en tu camino, irías tras él por las faldas.

—Todavía no soy miope.

—Basta ya. Bentley. Cuando se me ocurrió este plan te pregunté si estabas dentro o fuera. Aceptaste mis condiciones, querías ser gobernador. Muy bien. Serás gobernador, pero yo seré el amo.

Bentley sacudió la cabeza.

—Está bien. Charles… Pero eso de traer a Cornelia aquí es la peor jugada que me podrías hacer. Le dejé en casa de su prima Edith. Me costó mucho convencerla de que era necesario para mi campaña porque su presencia me pondría nervioso.

—Es conveniente que te exhibas con Cornelia en algunos sitios, que acudas con ella a fiestas… Todo el mundo tiene respeto a la familia Van Varen y es conveniente, a estas alturas, recordarles que tú eres el esposo de Cornelia Van Varen. ¿Lo entiendes bien? Ya dije que éste es un negocio en el que quiero ganar todas las bazas.

—Sí. Charles. Se hará como tú quieres.

Eso dijo Bentley, pero en su fuero interno ya estaba pensando en la forma de librarse de Cornelia. En Fénix había mujeres bonitas y atractivas con las que pensaba olvidar el feo rostro de Cornelia.

John Spillen oyó que llamaban a la puerta de su habitación y acudió a abrir.

En el corredor vio a un hombre de unos cincuenta años, ojos verdosos, brillantes, y barba crecida, y a un joven de unos veintiocho años, alto, moreno.

—Señor Spillen, permítame que nos presentemos… —dijo el de más edad—. Soy Urías Corcove y éste es Kent Lasting.

—¿Qué desean, amigos?

—Hablar con usted.

—Pasen.

Cuando los dos hombres hubieron entrado, Johnny cruzó los brazos.

Urias Corcove carraspeó.

—Señor Spillen, soy el rival de James Bentley para el puesto de gobernador del Estado, y he venido a agradecerle los servicios que me prestó.

—Creo que me confunde con otra persona, señor Corcove… Yo no le he prestado ningún servicio.

—Claro que sí. Usted ha matado a Mac y a Louis, amén de otros forajidos. Todos ellos trabajan para Charles Radigan, que es el tipo que apoya a Bentley.

—Disculpe, señor Corcove, pero yo soy de Texas y esto es Nuevo México. No estoy muy enterado de la política local.

—Bentley sólo es el hombre de paja de Charles Radigan.

—El *sheriff Body* dio a entender que lo que se dice de Radigan sólo son calumnias.

—El *sheriff Body* es un incompetente. Ésa es la pura verdad. Le viene ancho el cargo. Él sabe que se cometen muchos actos ilegales en Fénix, pero prefiere cerrar los ojos y encogerse de hombros.

—Le doy las gracias por la información que me da, señor Corcove. Y le deseo suerte en la elección.

—Mi visita tenía otro objetivo. Spillen. Quiero contratarle.

—¿Contratarme? ¿Para qué?

—Naturalmente, para que trabaje por mi cuenta.

—Lo siento, pero yo soy un ayudante de *sheriff* que se llegó aquí persiguiendo a un forajido. Por una serie de circunstancias me veo obligado a permanecer en la ciudad, pero mientras esté aquí no quisiera meterme en líos que no me conciernen.

—Es una lástima que diga eso. Usted ha demostrado ser muy hábil con el revólver.

—Me deja asombrado, señor Corcove. Creí que un candidato a gobernador no necesitaba a tipos hábiles con el revólver para convencer a la gente de que le vote.

—No le iba a utilizar para coaccionar a los electores, señor Spillen, sino para que continuase haciendo frente a los forajidos de Radigan.

—Lo siento, señor Corcove, pero ya le he dado mi respuesta. No soy un hombre libre que esté al servicio del mejor postor. Tengo un cargo y unas obligaciones que cumplir.

Corcove dio un suspiro.

—Le comprendo. Spillen. Gracias de todas formas. He tenido mucho gusto en conocerle.

Johnny estrechó la mano a Corcove y éste salió con Lasting.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Spillen se tironeó de la oreja mientras reflexionaba.

Al cabo de un rato, llegó a la conclusión de que Billy *Full*, de cualquier forma, que fuese, estaba relacionado con Radigan y Bentley. Decidió ir a la cárcel.

Poco después, entraba en la oficina del *sheriff Body*.

El representante de la ley estaba sentado tras una mesa.

—¿A qué viene Johnny? ¿Quizá a asegurarse de que su detenido continúa aquí?

En aquel momento se oyeron gritos procedentes de las celdas. Era Billy *Full* el que los lanzaba.

—Le están poniendo la nueva escayola —explicó el *sheriff*.

—Jefe, el señor Corcove vino a visitarme al hotel.

—¿Para qué fue a verle Corcove?

—Quiso contratarme para que luchase contra los hombres de Radigan.

Body arrugó la nariz.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Negativa.

—Bien hecho, Spillen.

—Así, que, existen esos forajidos…

—Eh, no saque falsas conclusiones, Spillen… Radigan es un hombre que tiene muchos negocios y, para conservarlos, necesita gente de mano dura.

—¿Qué clase de negocios?

El *sheriff* frunció el ceño.

—Los que podría tener cualquier otra persona.

—¿Por ejemplo?

—Está bien, tiene un negocio de transportes, una fábrica de cerveza, una destilería de *whisky* y un par de saloons… Infiernos, ya no me acuerdo de más.

—Y es Radigan quien apoya a Bentley.

—Sí, eso lo sabe todo el mundo.

—Resulta curioso.

—¿Dónde está lo curioso, Spillen?

—He leído una de las pancartas que pegan en las paredes. En ella se incluye el programa que cumplirá Bentley si le eligen gobernador. Uno de sus puntos es el de que luchará para que se imponga la Ley Seca.

—Sí, es cierto.

—Bentley quiere la Ley Seca y, sin embargo, Radigan tiene una fábrica de cerveza, una destilería y saloons. ¿No le parece eso muy extraño?

—Radigan cerraría su fábrica de cerveza, su destilería y sus saloons, imagino yo.

—O podría ser otra cosa, jefe.

—¿Qué se le ha ocurrido, Spillen?

—Quizá lo que Radigan persigue es quitarse del medio a los competidores.

—No lo entiendo.

—Se lo explicaré. Si se impusiese la Ley Seca, Radigan podría vender su mercancía diez o doce veces más cara que actualmente, contando con la protección del gobernador.

Body se puso en pie de un salto.

—¡Es la mayor insensatez que he oído en mi vida, Spillen!

—¿Por qué, *sheriff*? Es algo que podría ocurrir.

—Usted no puede demostrar nada de eso. Si el señor Bentley o el señor Radigan se enterasen de lo que acaba de decir, le demandarían ante un tribunal, y estoy seguro de que usted pasaría un mal rato porque carece de pruebas. Cualquier juez le condenaría.

—No se ponga nervioso, *sheriff*.

—Es usted quien me saca de mis casillas. ¿Por qué infiernos se interesa de pronto por la política local? ¿Qué tienen que ver nuestras elecciones con la misión que le trajo a Fénix?

—Usted no debía preguntarme eso, *sheriff*.

—¿Por qué no?

—Usted sabe que dos de los forajidos que yo liquidé, un tal Mac y un tal Louis, trabajaban para Radigan.

El de la placa se quedó un instante con la boca abierta.

—Sé que Mac y Louis trabajaron alguna vez para Radigan, pero ahora no lo hacían.

—¿Quién se lo dijo?

—¡Sé que no trabajaban para él, maldita sea!

En aquel momento apareció por el corredor el doctor Wood, seguido de su ayudante, el viejo Ricky, que llevaba entre las manos una herrada en cuyo interior había restos de yeso.

—Lo tiene listo, *sheriff* —dijo el doctor—, y espero que esta escayola le dure un poco más que la otra… Son cinco dólares.

—Ya lo oyó. Spillen —dijo el *sheriff*—. Tiene que pagar porque es su detenido.

—Disculpe, *sheriff*, pero lo pagará usted porque ahora el detenido está en su oficina.

Body hizo una mueca y se dirigió al doctor.

—Pase la factura el sábado.

—Vamos, tío Ricky —dijo el doctor—. Con otro negocio como

éste nos arruinamos.

El doctor y su ayudante salieron de la oficina.

En aquel momento apareció un hombre por el corredor. Era Ted Jackson, uno de los ayudantes del *sheriff*. Llevaba algo envuelto en un papel de periódico.

—Vuelvo enseguida, jefe. Voy a despachar un emparedado en el bar de Joe.

—Está bien, Ted, pero no te demores demasiado.

El ayudante se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento, Ted —dijo Johnny.

—¿Qué pasa?

Spillen ya se había acercado a Jackson.

—Me parece que lleva un emparedado demasiado duro. Se va a romper los dientes con él… —Así diciendo, atrapó el envoltorio que Jackson llevaba bajo el brazo.

—¡Eh, deme eso! —gritó Ted.

Pero Spillen ya se había vuelto hacia el *sheriff* y le estaba mostrando lo que envolvía el papel de periódico, la escayola que el doctor había quitado a Billy *Full* y que estaba aserrada de parte a parte por uno de los lados.

—Jackson —dijo el *sheriff*—. También a mí me parece un emparedado muy raro.

—¿Quién le dijo que eso es el bocadillo? Es un trozo de basura que pensaba tirar en el callejón. ¿O acaso prefiere que lo coloque como un trofeo en su mesa, jefe?

Jackson pegó un zarpazo a la escayola y logró arrancarla de las manos de Spillen.

—Lárgate, Jackson, y tira en el basurero esa porquería —cabeceó el *sheriff*.

—Seguro, jefe —dijo Jackson, y después de dirigir una mirada cargada de furia a Johnny salió de la oficina.

—Yo también me voy, *sheriff* —dijo Spillen.

—¿Adónde va?

—A dar una vuelta por ahí.

—Tenga cuidado y no me busque jaleos.

—Descuide, jefe, me comportaré como un angelito.

Johnny se dio mucha prisa en abandonar la oficina porque sólo quería seguir a Jackson.

Lo vio a la derecha, llegando al callejón más cercano, y pasó de largo.

Entonces Johnny fue detrás. Miró el callejón y vio dos cubos de basura. Si Jackson hubiese tenido intención de desprenderse de la escayola, la habría dejado allí, pero la había envuelto otra vez en el papel de periódico.

Johnny llegó a la conclusión de que el secreto relacionado con las muertes de los forajidos estaba en la escayola. Decidió hacerse con ella antes de que Jackson la cediese a otra persona, ya que entonces la sería mucho más difícil conseguirla.

Tenía que pensar rápidamente antes de que Ted llegase a su destino.

Vio a un par de muchachos que estaban jugando en la calle a tirar el lazo.

—Eh, chicos, ¿os queréis ganar un dólar?

Los muchachos dijeron que sí con la cabeza.

Johnny les dijo lo que tenían que hacer y les dio un dólar.

Los chicos echaron a correr hacia Jackson. Al pasar por su lado, el más alto le quitó la escayola y continuó corriendo.

Jackson lanzó un grito.

Perdió demasiado tiempo en darse cuenta de lo que había ocurrido. Los dos muchachos se escurrieron entre la gente con la ligereza de las anguilas.

—¡Eh, chicos! —gritó Ted y echó a correr también, pero tropezó con un borracho que salía de un saloon y los dos se vinieron al suelo.

Johnny torció por el callejón de la izquierda y, con su gran zancada, llegó a la esquina en el momento en que aparecían los muchachos. El más alto le dio el envoltorio diciendo:

—Eh, míster, es sólo una escayola.

—Pero es un recuerdo de familia… Anda, marchaos ya, chicos.

Los dos muchachos desaparecieron y Johnny observó atentamente el trozo de yeso que tenía en la mano. Esperaba ver grabada alguna cosa, pero éste estaba completamente limpio.

Se sentó en una piedra y se puso a doblar la escayola. Al cabo de un rato, vio que por un lado aparecía un trozo de papel. Por fortuna había quedado casi en la superficie. Estaba doblado.

Puso mucho cuidado para no romper el papel y al fin logró

sacarlo por el entretejido.

Lo desdobló y se encontró con que allí había escrito alguien una declaración o cualquier otra cosa, pero no quedaba nada. La escritura había sido desleída por la humedad. Sólo acertó a entender el nombre de la persona que lo había escrito porque todavía se conservaban los rasgos. Era James Bentley.

Aunque aquel papel ya no servía para nada, lo guardó en el bolsillo. Luego, dejó caer la escayola en el suelo y se apartó de allí.

CAPÍTULO X

Dan Market entró en la habitación de Charles Radigan, el cual se estaba peinando frente al espejo.

—Buenas noticias. Charles. Sam Burbanks llegó con el cargamento de mujeres y quedaron instaladas en el almacén. Le dije que luego pasarás a ver el género.

—¿Lo viste tú?

—Desistí de hacerlo porque recordé que quieres ajustar las cuentas a Sam.

—Está bien, yo me ocuparé de él.

—Encontré a la periodista en la redacción de Globo de Fénix, y aceptó la invitación. Dice que estará lista dentro de una hora… Bonita muchacha, ¿eh, Charles?

—Sí. La chica tiene todo lo que un hombre puede desear, y sería conveniente que tuvieses preparada una botella de champaña por si la traigo después de cenar.

—Tendrás la botella de champaña.

—¿Sabes algo del papelito?

—Todavía no, pero Ted Jackson no tardará mucho. Uno de los muchachos me dijo que había visto entrar en la comisaria al doctor y a su ayudante, que iba cargado con todo lo que se necesita para poner un enyesado.

En aquel momento llamaron a la puerta. Dan acudió a abrir y dijo:

—Pasa, Ted, te estábamos esperando.

El ayudante del *sheriff* entró, dándole vueltas al sombrero.

—¿Dónde está el yeso? —preguntó Radigan.

Jackson carraspeó.

—Verá, me ha ocurrido algo sorprendente.

Charles dejó de peinarse y miró al recién llegado con ojos entornados.

—Habla, Ted. ¿Qué pasó con la escayola?

—Me la robaron.

—¿Cómo?

—Me hice cargo de ella en la oficina y salí de allí para llegarme a este hotel. De pronto, unos muchachos pasaron por mi lado y uno de ellos me arrebató la escayola.

Charles apretó los maxilares de tal forma que su cara pareció esculpida en piedra.

—Dan —dijo—. Dime que lo que acabo de oír es cierto, que un ayudante de *sheriff* se dejó robar por un golfillo en plena calle…

—Lo siento, señor Radigan —repuso Jackson—, pero todo sucedió muy aprisa. Busqué a los muchachos, pero no pude encontrarlos.

Charles rió nerviosamente.

No puedo creer eso, maldita sea. ¿Qué interés iban a tener esos muchachos en una cosa así?

—Disculpe, señor Radigan. Pero ellos no sabían que se trataba de eso, de una escayola. Yo la llevaba envuelta en un papel. No quise llamar la atención de mi jefe, aunque de nada valieron mis precauciones porque un tipo vivo me interrumpió cuando salía de la oficina. Me quitó el yeso, pero no pudo quedárselo porque se lo arrebaté de las manos y salí de allí. Luego ocurrió lo de los muchachos.

—Espera un momento, Ted. ¿Quién fue el tipo vivo que te quitó la escayola en la oficina?

—Johnny Spillen, el ayudante del *sheriff* que detuvo a Billy *Full* y que lo quiere llevar a Texas.

—Charles —dijo Dan Market—. Johnny Spillen fue quien recetó el plomo a Louis, a Mac y a los otros muchachos.

Charles rió otra vez con sarcasmo.

¿Te das cuenta Dan? Ni siquiera puede uno fiarse ya de las autoridades. Johnny Spillen, un ayudante de *sheriff*, quería la escayola, y aquí tenemos a otro ayudante de *sheriff*, a Jackson, que se la dejó arrebatar por unos muchachos… Todo está podrido en este cochino mundo… Pero que me quiten el nombre de Charles Radigan si no empiezo a ver claro… ¿Lo ves tú también Dan?

—Te entiendo. Charles. Tú supones que el tal Spillen pagó al muchacho para que le robase el yeso a Ted.

—Premio.

Ted Jackson escuchaba a los dos hombres con un gesto de estupidez porque no podía seguir el ritmo de la conversación.

Charles le señaló a la cara con el índice.

—Míralo, Dan, parece un hombre de las cavernas… —Lo tomó por el cuello—. Maldito seas, Jackson.

—¿Por qué se enfada?

—Porque no consiento que nadie me falle, especialmente cuando trabaja para mí.

—Puedo enmendar la falta.

—Muy bien, entonces busca a Spillen y tráeme su piel para hacerme una petaca.

Ted Jackson parpadeó.

—¿Quiere que lo mate?

—O que lo pongas en escabeche. Me importa un rábano. ¿Es que no lo entendiste todavía, talento? Lo que quiero es la escayola en que tuvo envuelto Billy su brazo.

—Sí, señor. Ahora mismo busco a Spillen.

En aquel momento llamaron a la puerta y apareció uno de los hombres al servicio de Charles.

—Señor Radigan, hay un hombre que quiere verlo.

—No estoy para nadie, Tom. Dile que vuelva en otro momento. —¿Cuándo?

—Dentro de un par de meses.

—Está bien, se lo diré, aunque el señor Spillen dijo que tenía algo que a usted quizá podría interesar.

El empleado llamado Tom fue a cerrar la puerta cuando Radigan rugió:

—¿Has dicho Spillen?

—Sí; Johnny Spillen.

Pasados los primeros segundos de sorpresa. Charles sonrió.

—Bueno, después de todo, parece que el tal Spillen es sólo un pájaro…

—¿Quieres que hable con él? —preguntó Dan.

—No. Va a ser cuestión mía. Saca a Jackson por la otra puerta. Y tú. Tom, di al señor Spillen que puede pasar.

Market y Jackson salieron de la habitación.

Charles Radigan se puso ante el espejo y continuó pasándose el

peine por el cabello.

La puerta se abrió, entrando Johnny Spillen.

Charles Radigan le dirigió una mirada de reojo y dijo:

—Está bien, señor Spillen, diga su precio.

—Dos mil dólares.

—Además del papelito, imagino que incluirá en el lote a una pelirroja en edad de merecer, y a ser posible con los dieciocho años.

—No, sólo el papelito.

—Hombre, por ese dinero podría agregar algunas cosillas más.

—Por ser usted, le añadiré un juego de té de seis dólares noventa y cinco. También puedo ofrecerle una pipa hecha por los indios navajos que cuesta un dólar.

Radigan se volvió bruscamente.

—Ya basta de bromas.

—Usted fue quien empezó. Charles.

—Está bien, ¿hablamos en serio?

—Pruebe.

—Quinientos dólares y que no se hable más del asunto.

Johnny se dirigió hacia la puerta.

—Búsquese otro primo. Charles.

—Espere, Johnny.

Spillen se detuvo junto a la puerta, con la mano en el tirador.

Charles estaba lleno de ira y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Se cree un tipo con muchas agallas, ¿eh, Spillen?

—Las suficientes para haber mandado a algunos de sus hombres al infierno.

Charles forzó una sonrisa de ironía.

—Todo lo que usted tumbó hasta ahora fue basura. Si se hubiese enfrentado con alguno de mis mejores hombres, seguro que ahora estaría en posición horizontal y dentro de una caja de pino.

—¿Sólo me detuvo para decirme eso?

—Dos mil dólares es mucho dinero.

—Es lo que vale el papelito. Lo toma o lo deja.

—Suponga que lo dejo salir de aquí. ¿Qué haría, Spillen?

—No sea ingenuo. Usted sabe lo que haría. Poner en mano de ciertas personas el papel que saque de la escayola de Billy *Full*.

—Está bien. No quiero discutir con usted. Le pagaré los dos mil

dólares. Deje el papel y vuelva esta noche por el dinero.

—Le dije antes que no soy un primo. Si quiere el papel tendrá que darme el dinero. Toma y daca.

Charles tenía la funda del revólver sobre la cama. Sintió deseos de llegarse allí por el arma, pero imaginó que Johnny era un hombre veloz sacando. ¿Por qué no dejarse de jaleos? Había emprendido el gran negocio de su vida, el de más envergadura. Si Bentley resultaba elegido gobernador, se iba a convertir en millonario en unos cuantos meses. Era un plan ambicioso, pero él estaba resuelto a que saliese tal como lo había imaginado.

—Va a tener sus dos mil dólares, Spillen; pero antes quiero comprobar que es el papel que a mí me interesa.

—De acuerdo —dijo Johnny.

Sacó el papel del bolsillo. Lo había doblado justo por el sitio que le interesaba, de forma que pudiese exhibir la firma de Bentley. Lo alargó a Radigan.

—Vea la firma del hombre que usted apoya como gobernador. Radigan tragó saliva.

—Se lo haré pagar a Bentley, maldita sea.

—Eso es cuenta suya.

Charles sacó una cartera de la mesilla de noche, de la cual extrajo varios fajos de billetes.

—Sus dos mil dólares, Spillen.

Johnny tomó los fajos y los guardó en el bolsillo.

Arrojó el papel sobre la cama.

—Ahí tiene el documento, señor Radigan. Hasta la vista.

Johnny salió de la habitación.

Radigan se dijo que Spillen pertenecía a la clase de hombre que a él le interesaba para su servicio. Tenía temple, dominio de sí mismo y sabía llevar cualquier clase de conversación con un evidente sentido del humor.

Se abrió la puerta adyacente y entró Dan Market.

—¿Ya lo conseguiste Charles?

—Sí, a cambio de dos mil dólares.

Charles señaló el papel que estaba sobre la cama y Dan lo tomó, desplegándolo a continuación.

—Charles —dijo Dan—. ¿Pagaste dos mil dólares por esto?

—Sí, Dan. ¿Qué pasa?

—Creo que es el precio más caro que se haya podido pagar por un autógrafo del senador Bentley.

Charles empezó a echar fuego por los ojos. Atrapó de un zarpazo el papel que Dan tenía en las manos y lo miró por un lado y por otro.

—¡Esto no valía nada! ¡Sólo quedó la firma de Bentley!

—Está claro que al caer el papel en la escayola la escritura se borró.

—¡No hace falta que me des explicaciones! —Radigan hizo una pelota con el papel y se volvió, mirando la puerta por donde había desaparecido Johnny—. ¡Ese tipo me estafó dos mil dólares!

—Apuesto a que es la primera vez que te engañan.

—Sí, Dan, la primera, puedes jurarlo.

De repente rompió a reír con estridencia. Dan Market miró a su jefe extrañado.

—¿Lo encuentras gracioso Charles?

Radigan se volvió hacia él con la mandíbula desencajada. Ya había dejado de reír.

—Sí. Dan, lo encuentro la mar de divertido… Pero entérate por qué. Esos dos mil dólares le van a costar la vida a Johnny Spillen… Nunca he consentido a nadie que se riese de mí… Nunca. A todo el que lo intentó se lo hice pagar y Johnny Spillen no va a ser una excepción.

Spillen entró en la redacción de El Globo de Fénix, preguntó por Karin Talbot, y poco después lo llevaron a su presencia.

—Karin, quiero hablar con usted, y he pensado que lo haríamos mejor en la mesa de un restaurante.

—Lo siento, señor Spillen, pero acepté una invitación del señor Radigan.

Johnny pensó muy aprisa.

—Es por lo que vengo. Para sustituir al señor Radigan.

—¿Cómo?

—Estuve hablando con él, y me dijo que le surgió un negocio que tenía que atender con urgencia. Me pidió que viniese a disculparle.

La joven titubeó.

—Bueno, en ese caso, creo que voy a aceptar.

Mientras se dirigían al restaurante, Johnny pensó que estaba

dando motivos a Radigan para que éste le odiase más que a ninguna otra persona en el mundo. En primer lugar, le había sacado dos mil dólares a cambio de un papel que no servía para nada, y ahora le quitaba a su invitada de aquella noche. Pero él, Johnny, sabía ahora quién era Charles Radigan, un tiburón de dientes afilados, siempre dispuesto a despedazar a la persona que encontrase a su paso.

Entraron en el restaurante Esmeralda, ocuparon una mesa y después de hacer el pedido a un camarero. Karin dijo:

—Al fin consintió en que Billy *Full* fuese a la cárcel.

—Yo me llegué allí para hacerle la entrevista.

—¿Qué tal resultó?

—Encontré a Billy aterrorizado. Dijo que lo iban a matar y que usted tendría la culpa por haber consentido que el *sheriff Body* lo encerrase allí.

Johnny sonrió.

—Ya no le pasará nada a Billy.

—¿Por qué está tan seguro?

—La voy a hacer confidente de algunas cosas. Y naturalmente, puede publicarlo.

Johnny contó todo lo relacionado con la escayola de Billy, en la que había quedado prendido aquel documento firmado por Bentley.

—¿Se da cuenta Karin? Ése es el motivo por el que iban a matar a Billy. Querían recuperar ese documento.

—¿Y qué decía en él?

—No lo sabemos. Sólo Bentley o Radigan nos lo podrían decir. Pero imagino que sería algo muy comprometido para el senador.

—Lo malo es que mi director no consentirá que publique un artículo contra Charles Radigan, basado solamente en suposiciones…

—Karin, aquí se está cocinando algo importante… Nunca me ha gustado la política, ni siquiera en el pueblo donde vivo. Pero me indigno cuando veo que ciertos personajes juegan con los seres humanos como si fuesen muñecos de plomo…

—Radigan no le es simpático.

—No, no me lo es. Pero ésa no es la razón por la que no me gustaría que triunfase su candidato. Estoy dispuesto a jurar que utiliza el mecanismo electoral para su beneficio.

—Ha anunciado un programa de reformas muy atractivo. Han

prometido nuevas escuelas, jardines para que jueguen los niños, un teatro…

—Sí, y también una Ley Seca, y ése es el punto principal del programa y no las escuelas y los jardines… Karin, si ocurre la desgracia de que gane Bentley, Fénix tendrá motivo para acordarse de estas elecciones.

—Pero ¿qué podemos hacer para evitarlo?

—Un periódico puede lograr mucho… Usted debe atacar a Radigan en la parte donde más le duela. ¿Por qué contrata forajidos? ¿Por qué fabrica cerveza y destila *whisky* y lo vende en sus establecimientos cuando aseguran que impondrán la Ley Seca?

—Si al menos encontrásemos alguna prueba… ¿Es que no lo ve, Johnny? Por mucho que hablamos, siempre vamos a parar a lo mismo. Son suposiciones. Ya le pregunté a Charles qué haría con su fábrica de licor, y él dijo que la cerraría muy gustoso. Si es elegido Bentley, el propio Charles, con un hacha, desventrará los barriles de cerveza que tenga en su almacén.

—Menudo cínico. Seguro que lo haría. Es un magnifico acto de propaganda. Serviría para demostrar que cumple, pero también avisaría a los vendedores que, a partir de ese momento, tendrían que pagar mucho más caro cada vaso.

—Es lo que usted piensa Johnny, y no puedo publicar un artículo de esa clase en mi periódico, diciendo lo que podría ocurrir, el director no lo consentiría de ninguna manera.

En aquel momento vieron venir hacia ellos a Charles Radigan, que era flanqueado por dos tipos de pistolera baja.

Los ojos de Radigan despedían chispas de furor.

—Buenas noches, señorita Talbot —dijo—. Creí que yo la había invitado a cenar.

—Lo recuerdo perfectamente. Sí, señor Radigan, y lamenté mucho que un trabajo urgente le impidiese pasar por mí.

Charles miró a Johnny Spillen.

—¿Fue lo que le dijo?

—Sí, claro.

—No hubo tal trabajo, Karin. Spillen obró absolutamente por su cuenta.

La joven abrió la boca, pero durante unos segundos no pudo pronunciar palabra alguna.

—Señor Spillen, ¿es verdad que usted hizo eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque usted me gusta, y tuve en cuenta que en el amor y en la guerra todo está permitido.

Charles Radigan hizo chascar los dedos y los dos hombres que le acompañaban se adelantaron.

Johnny miró a Charles Radigan y habló sin apenas mover los labios.

—Radigan, si sus hombres me tocan, le juro que le meto a usted una bala por la boca.

Los dos empleados de Radigan se detuvieron.

Karin fue quien rompió el silencio.

—Señor Spillen, lo que usted ha cometido es un acto incalificable… Por unos momentos llegué a pensar que era un caballero, pero ya veo que no conoce la educación ni por el forro.

Johnny apretó los maxilares. Se puso en pie.

—Ande. Radigan, siéntese. Creo que se ha ganado bien esta silla.

Karin se mordió el labio inferior porque hubiese preferido continuar al lado de Johnny Spillen. Había dicho aquellas palabras insultantes para que Johnny se marchase. No quería que se enfrentase a los dos pistoleros de Radigan.

Charles sonrió jactanciosamente.

—¿No se le olvida nada, Spillen?

—¿Qué cosa?

—Devolverme los dos mil dólares.

—No piense en eso. Radigan. Hicimos un negocio. Aquel papel por los dos mil dólares. Que se divierta.

Johnny pasó por entre los pistoleros y poco después llegaba a la calle.

Se encaminó hacia el hotel. Tenía la intención de subir a su habitación y echar un sueño.

Se tropezó en el corredor con Rudy, el botones.

—Señor Spillen, al fin llegó.

—¿Qué pasó, Rudy? ¿Me tocó la pelirroja?

—Se acabó la lotería, se acabó el sorteo, se acabó todo…

—Ya sé, la pelirroja se fugó con la pasta.

—Fue peor que eso, señor Spillen. La secuestraron.

—¿Que la secuestraron…? ¿Quiénes?

—Dos tipos que se llegaron aquí. Me parecieron sospechosos y los seguí. Arrimé la oreja a la puerta de la chica. Le dijeron a ella que si rechistaba le pegarían un navajazo en la cara. Por eso ella no tuvo más remedio que obedecer.

—¿Qué más dijeron?

—Que se la llevaban al almacén.

—¿A qué almacén?

—Eso no lo dijeron… Señor Spillen, es mi ruina. Todos los que me compraron papeletas querrán romperme la cara. ¡Seguro que esos tipos eran unos competidores…! Se enteraron de lo de la rifa, y quisieron hacer una por su cuenta…

—Escucha. Rudy. Si se la llevaron al almacén, debe estar en las afueras del pueblo, porque no creo que se arriesguen a meterla en la calle Mayor.

—Caramba, es cierto. Creo que sólo hay dos desocupados. El de Glenn Remick y el de Edward Mac Laine. Están muy cerca uno de otro, en la parte sur.

—Está bien, me llegaré allí. Pero todavía no me dijiste cuál es el nombre de la pelirroja.

—Carol Tierney.

CAPÍTULO XI

Sam Burbanks era finlandés por parte de madre, pero muchas veces se preguntó qué sería por parte de padre, ya que no lo conoció.

Por ello, lo que más le indignaba era que le llamasen hijo de perra.

Ahora Sam estaba examinando con ojos profesionales a la mercancía que tenía delante. Una pelirroja de rostro bello, aunque un poco delgada. Dos hombres se la habían traído.

—Esta chica está subdesarrollada —dijo.

—Se ve que no comió bastante durante los últimos meses —informó uno de los secuestradores, que respondía al nombre de Bartie Ballard.

Su compañero era Hal Canyon y ambos tenían por profesión «lo que cayese». Lo mismo robaban en descampado que en zona urbana. Eso les había acarreado no pocas sentencias, y por ello habían pasado gran parte de su vida en las cárceles. En colaboración, podrían haber escrito un libro sobre el sistema penitenciario del país, pero para ello habrían tenido que aprender a leer y a escribir.

—Señor Burbanks, la chica tiene el tipo que se lleva ahora —dijo Hal Canyon—. Las gorditas no tienen nada que hacer esta temporada.

—Eres un bocazas, Canyon —repuso Burbanks—. ¿Me vas a decir a mí lo que se lleva o lo que no se lleva en cuestión de mujeres?

—Oh, perdón —dijo Canyon porque reconocía que Burbanks era un perito en la materia.

Bartie Ballard sonrió queriendo limar asperezas.

—Señor Burbanks, debo hacer notar que el cabello de esta chica es auténtico. Nada de tintes. Y dígame usted si ha visto alguna chica

más esbelta que ella.

Burbanks emitió un gruñido observando otra vez a la joven.

—No, no está mal de remos.

Canyon y Bartie se miraron satisfechos.

Entonces habló la joven:

—¿Me permiten decir algo…?

—Claro que sí, nena. Pero procura que sea lacrimoso —contestó Burbanks—. Me gusta que las mujeres que pasan por mis manos tengan una historia dramática que contar. Eso siempre resulta bueno para el cliente… Le da la posibilidad de convertirse en un protector. Y casi siempre son los que mejor pagan. Todo hombre quiere redimir a una mujer, y algunos hasta varias.

—Es usted el ser más desaprensivo y cínico que me he tirado a la cara.

—Eso me gusta, nena. Que tengas coraje… Otro punto a tu favor. Pero cuidado con excederte, porque entonces sentirás en tu carne la punta del látigo.

—¿Cómo pueden traficar con mujeres como si fuesen reses?

—La costumbre, nena. La costumbre…

Canyon rió.

—Oiga, señor Burbanks, no le haga mucho caso. La chica estaba anclada en la ciudad. Figúrese que el botones del hotel donde se hospedaba organizó una rifa para sortearla. Fue por lo que nosotros decidimos que, ya que estaban las cosas así, podíamos hacer el negocio en vez del botones.

—Bien hecho —cabeceó Burbanks—. Me he dicho muchas veces que erais dos tipos que sabían aprovechar sus oportunidades…

—¿Cuánto va a pagar? —preguntó Bartie.

—Por ser vosotros, cincuenta dólares.

—Será por cada ojo.

—Cincuenta dólares el lote completo, incluidos los remos.

—¡No puede estar hablando en serio, Burbanks…! Esta chica no necesitó traerla de ninguna parte. Se la trajimos nosotros. Tampoco necesitó alimentarla. Infiernos, se la hemos puesto en casa con portes pagados.

—Está bien, muchachos. Sesenta dólares y se acabó. Es mi último precio.

Canyon y Bartie se miraron un poco compungidos porque

pensaban sacar al menos un centenar de dólares.

Bartie dio una cabezada de asentimiento.

—Está bien, señor Burbanks —dijo Canyon—. Es suya por sesenta dólares.

Sam pagó a los dos secuestradores, los cuales repartieron los sesenta dólares y salieron por una puerta.

—¿De dónde eres, Carol? —preguntó Sam al quedar a solas con la pelirroja.

—De San Luis.

—¿Tienes familia?

—No.

—¿Casada?

—Es usted un miserable por preguntarme eso. ¿Cómo voy a estar casada?

—Bueno, tengo experiencia en este negocio. Hay muchas a quien no les va bien el matrimonio y prefieren su libertad.

—¿Llama usted libertad a esto?

—No seas tonta. Os pongo en el camino de convertiros en damas encopetadas.

—No me diga.

—Hay muchas mujeres que me detienen en la calle para darme un beso en la mejilla porque gracias a mi han triunfado en su carrera. Ahí tienes a Mary la Irlandesa, que hoy tiene la casa de modas más famosa de Fénix. Y a Helen Piernas Largas que se casó con un ranchero, y que hoy día se ha convertido en la primera productora de leche del territorio.

—Oh, sí, es usted un benefactor de la humanidad.

—Te podría hablar de docenas y docenas de chicas que hoy está bien colocadas. Justamente el año pasado, una de ellas sugirió la idea de ofrecerme un homenaje. Pero yo renuncié.

—Ya imagino por qué renunció. Porque le habría podido pegar un tiro una de las otras, de las que no colocó en la vida.

Sam Burbanks sonrió.

—Eres muy lista, Carol. Anda, ven conmigo ahora. Te vas a unir a las otras chicas, pero antes quiero hacerte una advertencia. Nada de discursos. Nunca me han gustado las rebeliones entre las chicas. A veces, alguna llega con deseos de armarla. Naturalmente, esto me obliga a tener mano dura… No quieras saber cómo quedaron las

que trataron de hacer una revolución por su cuenta. Mis empleados tienen órdenes de atajar a lo bestia cualquier conato de levantamiento.

Burbanks y Carol fueron a la sala donde se encontraban las dieciocho mujeres que habían llegado horas antes a Fénix.

El antiguo almacén de trigo no estaba preparado convenientemente para alojarlas. Se habían limitado a tender unos colchones en el suelo.

Cuatro hombres vigilaban a las chicas que Sam Burbanks había traído por cuenta de Charles Radigan.

—Pequeñas —dijo Sam Burbanks—. Aquí tenéis a una nueva compañera. Se llama Carol Tierney.

Una de las mujeres con aspecto muy descarado puso los brazos en jarras.

—Eh, señor Burbanks, usted prometió que cuando llegásemos a Fénix dejaríamos de comer patatas, y hace un rato nos acaban de servir la misma bazofia de siempre.

Hubo exclamaciones por parte de otras chicas que se unieron a la que protestaba.

Burbanks se apretó el puente de la nariz y eso era una señal convenida, porque dos de los hombres que había al fondo movieron los brazos con que manejaban el látigo.

—Chicas —dijo Sam cuando vio a sus empleados dispuestos a castigar a cualquier insolente—. Yo no me echo nunca atrás. Lo que digo lo mantengo… Pero a veces ocurre lo imprevisto. El lugar donde vais a quedar instaladas todavía no está preparado. Tendréis que estar aquí dos días, quizá tres, eso depende del señor Radigan. De modo que, vais a ser unas buenas muchachas. Y tú vas a dar el ejemplo, Sandra.

La llamada Sandra, la joven de los brazos en jarras, levantó la barbilla.

—No podemos ser tratadas como animales. Tenemos derecho a una buena comida y una buena cama.

—Ya tendrás todo eso, y, según te comportes, tendrás luego abrigos caros y hasta joyas.

—Eso se lo cuentas a tu abuela. Sam.

—Sí, nena, se lo voy a contar a mi abuela, pero antes tú vas a pensar un rato en las inconveniencias de levantar la voz.

Sonó el restallido de un látigo y Sandra lanzó un aullido porque la tira de cuero se había enroscado en su cuerpo.

El hombre que manejaba el látigo tiró fuertemente y Sandra cayó al suelo.

Carol Tierney gritó:

—No puede hacer eso con la muchacha, señor Burbanks.

—Cuidado, nena. No la defiendas o también habrá para ti.

El segundo hombre que manejaba el látigo se puso también en marcha.

Soltó un trallazo que hizo saltar por los aires un trozo del vestido de Sandra.

En aquel momento se oyó una voz procedente de la parte alta del almacén, a la que se llegaba por una escalera.

—Al que se mueva lo aso.

Todos miraron hacia allí y vieron a un hombre joven con un revólver en la mano.

Era Johnny Spillen y había entrado al almacén por una ventana, para lo cual tuvo que imitar a los gatos.

Sam Burbanks hizo una mueca.

—Eh, usted. ¿Qué hace aquí…?

—Vine a comprar un saco de harina.

—Aquí ya no venden harina.

—Sí, ya lo veo… Ahora el almacén está dedicado a otra clase de negocio. Carne…

—¿Quién es usted?

—Un inspector del fisco…

—¿Qué…?

No cumple las reglas sanitarias, señor Burbanks… Para servir la carne al público hay que enlatarla.

—¿Qué broma es ésta maldición? —gritó Burbanks.

Al mismo tiempo, miró por el rabillo del ojo a los dos empleados que no habían manejado el látigo. También era una advertencia para que llenasen de plomo al entrometido.

Johnny Spillen empezó a bajar la escalera.

Fue entonces cuando los dos tipos, advertidos por Burbanks, sacaron el revólver.

En el almacén se produjo un largo trueno.

Johnny disparó desde uno de los escalones, ligeramente

flexionadas las piernas.

Los dos empleados de Burbanks que habían logrado sacar, se debatieron mientras soltaban gritos de muerte. Finalmente, cayeron en el suelo.

Se hizo un silencio sobrecogedor.

Sam Burbanks miró con ojos asombrados a los dos hombres que habían pasado a mejor vida.

Johnny continuó bajando la escalera.

—Burbanks —dijo—. Si cualquiera de sus muchachos vuelve a jugar con los revólveres, le prometo que el primer plomo será para usted. Y le apuesto doble contra sencillo a que le deja hueca la cabeza.

Sam Burbanks sintió un escalofrío por la espina dorsal, porque no dudó que aquel joven cumpliría su promesa, ya que demostraba poseer una certera puntería.

—Todavía no me ha dicho quién es usted, amigo.

—John Spillen, ayudante del *sheriff* en Barro Valley.

Burbanks enarcó las cejas perplejo.

—Barro Valley está en Texas.

—Sí, Burbanks, está bien en geografía.

—¿Qué tiene usted que ver con Fénix?

—Me informé, de que habían secuestrado a una pelirroja y decidí recuperarla.

—De acuerdo. Spillen. Tiene razón, y aquí tiene a la muchacha. Hice en ella una inversión de sesenta dólares, pero no tiene que pagarme nada.

—Es muy generoso. Burbanks.

—Llévesela, y olvídese de todo lo que pasó aquí.

—Eso es lo malo. Burbanks, que yo no puedo olvidar ciertas cosas feas y a los bastardos que están relacionados con ellas.

AL oírse llamar bastardo, a Burbanks se le anudaron las tripas.

—Cuidado. Spillen. No trate de abarcar más de lo que puede. Si tiene interés por la chica, ya le he dicho que pueden marcharse los dos.

—Me las llevo a todas.

—No me diga que es mahometano y quiere formar un harén.

—No, Sam. Usted y sus hombres nos van a acompañar también.

—¿Adónde?

—A la oficina del *sheriff*.

—No está hablando en serio.

—Sí, Burbanks, completamente en serio, y será mejor que obedezca, como usted les decía a las chicas.

—Oiga, Spillen —forzó una sonrisa Sam Burbanks—. Ponga precio.

—¿Ahora sale con esas…?

—Soy un negociante, y la primera condición para serlo es saber repartir a tiempo los beneficios.

—Esta vez no va a tener beneficios, Sam.

—Quinientos dólares.

—Si vuelve a abrir la boca, lo dejo sin dientes y lo peor es que va a ser una bala la que se los quite.

Sam se juró para sus adentros que mataría a aquel hombre, aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

—Chicas —dijo Johnny—. Desde ahora sois mujeres libres, pero me gustaría que, al llegar a la comisaría, contaseis al *sheriff* la forma en que habéis llegado a Fénix, y cuál era el fin a que Sam os había destinado.

La mayoría de las mujeres dieron cabezadas de asentimiento.

Johnny se acercó a Sam Burbanks. Le hizo dar la vuelta y le puso el cañón en la espalda.

—Sam, no me gustaría matarlo, pero lo haré sin pestañear si uno de sus hombres intenta alguna cosa.

—Descuide. No harán nada. ¿Lo habéis oído, muchachos…? Tú, Pat, sal fuera y di a los centinelas que se retiren… ¿Está así conforme, Johnny?

El llamado Pat, uno de los hombres del látigo, dejó caer éste al suelo y se encaminó hacia una puerta.

Burbanks rió.

—Iremos al *sheriff*, pero le advierto una cosa, Spillen, no va a adelantar nada.

El *sheriff Body* arrugó el ceño.

A la otra parte de la mesa estaban Burbanks y Spillen.

El ayudante de Barro Valley acababa de relatar la forma en que había sorprendido a Sam Burbanks.

Las mujeres estaban en el patio de la comisaria, vigiladas por los

ayudantes del *sheriff*.

—Usted no creerá nada de lo que ha dicho Spillen, *sheriff* —dijo Sam Burbanks—. Jamás me he dedicado a negociar con las mujeres. Eso es bajo y vil… Puedo presentarles tres certificados expedidos por las autoridades de diversos pueblos, en los que se me reconoce como empresario teatral. Sí, *sheriff*, es cierto que yo me encargo de contratar a chicas jóvenes para surtir los saloons… Esas chicas cantan y bailan, y estoy orgulloso de haber lanzado más artistas por el Medio Oeste que el mejor agente teatral de Nueva York.

Johnny Spillen atrapó a Sam por el cuello de la camisa.

—Le voy a aplastar las narices, Burbanks.

Sam Burbanks miró al *sheriff* un poco asustado.

—¿Es que va a permitir eso, autoridad…?

—Cálmese, Spillen —dijo *Body*.

—¡Y un cuerno me voy a calmar! Ese tipo es un desaprensivo, un miserable que trafica con las mujeres como si fuesen habichuelas o patatas.

—Eso tendrá que probarlo —dijo Burbanks.

Johnny señaló el corredor que conducía al patio.

—Allí tiene la prueba, *sheriff*. Diecinueve mujeres que Burbanks pensaba colocar a Charles Radigan.

En aquel momento se abrió la puerta y una voz dijo:

—¿Por casualidad hablan de mí?

Era el propio Radigan, que entró acompañado por Dan Market.

Johnny soltó a Sam Burbanks y dijo:

—Los lobos se dan cita.

Charles Radigan sonrió.

—Me han informado que robó las chicas que trajeron para mí. Spillen.

—Tome nota de eso, *sheriff*. El señor Radigan está confesando que se dedica a ciertos bajos menesteres.

—Si va a apuntar eso, *sheriff*, tome nota también de que las jóvenes están destinadas a mis saloons, y que hasta ahora no existe ninguna ley que prohíba que una mujer se contrate libremente para exhibirse en un escenario.

—¿A quién quiere hacer creer eso? —repuso Johnny.

—Al *sheriff*.

—Radigan, ahora sé quién es usted. Y no le valen de nada sus

tretas.

—Oiga, Spillen, le voy a decir algo importante. Se ha interpuesto en mi camino demasiadas veces en un corto espacio de tiempo.

—¡Silencio! —gritó el *sheriff Body*—. Soy yo quien tiene que decidir esto.

El representante de la ley se puso en pie y dio vuelta a la mesa, deteniéndose entre Radigan y Spillen.

—Señor Spillen —dijo—, usted no ha demostrado que esas mujeres llegasen a Fénix con el destino que asegura. Conozco bien al señor Radigan y sé que tiene abiertos un par de negocios en donde necesita a las artistas. Por tanto, teniendo en cuenta que es su palabra contra la del señor Radigan, le voy a dar la razón a él.

—Gracias, *sheriff* —dijo Radigan.

Pero sólo podrá llevarse a las chicas que están dispuestas a trabajar en los saloons.

—¿Has oído eso Burbanks…? Pregunta a las muchachas una a una y acepta a las que, libremente, den su consentimiento.

—Sí, señor Radigan.

Burbanks se marchó al patio.

Spillen sentía desde hacía rato que la sangre le hervía.

—*Sheriff*, ¿es así como arregla sus asuntos?

—Oiga. Spillen, no tengo por qué darle cuentas de cómo soluciono mis problemas. Y voy a darle ahora una noticia que le alegrará mucho. La máquina del tren quedará lista definitivamente en una hora. Con eso quiero decir que dentro de cuarenta y cinco minutos puede pasar a retirar a su detenido.

—Es curioso, *sheriff*. Antes, el tren no podía salir y ahora, de pronto, solucionaron la avería.

—¿Qué quería Spillen? ¿Que los mecánicos invirtiesen un par de años en arreglarla…?

Radigan intervino diciendo:

—Quizá el señor Spillen tomó cariño a la ciudad de Fénix, ¿o fue solo a una mujer?

Spillen supo a quién se refería Radigan, a Karin Talbot, la periodista.

Sam Burbanks regresó en aquel momento.

—*Sheriff*, quiero darle cuenta de que trece de las mujeres han dado su consentimiento para trabajar en los saloons de Radigan.

Seis dicen que cambiaron de idea. Resulta que me engañaron porque no saben bailar ni cantar… ¿Qué les parece? Les pagué el pasaje y las alimenté y ahora me dejan en la estacada. ¿Es ésa la gratitud humana…?

—Sam —dijo Radigan—. Lleva a las chicas a los saloons. Distribúyelas entre ellos.

—Sí, señor Radigan.

—Y no te preocupes de las otras seis. Seguro que terminan por unirse a sus compañeras. Ellas ignoran que en Fénix es difícil que una mujer encuentre trabajo. Y ahora, caballeros, si me lo permiten, me retiro.

—Espere un momento, Radigan. Quiero hablar con usted —dijo Spillen.

—Muy bien, hable.

—A solas.

—Está bien. Salgamos al porche.

Los dos hombres salieron de la oficina.

—Hable ya. Spillen —dijo Charles.

—Tiene bien domesticado al *sheriff Body*.

—Cuidado. Spillen. Si el *sheriff* oye eso, no le va a gustar nada. Está feo que una autoridad hable mal de otra autoridad, ¿no cree…?

—Se cree ya dueño de Fénix.

—Le haré una confidencia. Spillen. —Charles hizo una pausa—. No habrá nadie en el mundo que me impida serlo.

—Suponga que yo me opongo.

—Usted no es nadie, Spillen. Yo le diré lo que es. Sólo un ayudante de *sheriff* pueblerino, que, casualmente, cayó por Fénix. Admito que logró un par de éxitos. Capturar al hombre que perseguía y engañarme una vez. Pero, ya lo ve. Ahora ha pretendido arruinarme el negocio de las mujeres, y no ha podido… Acepte un consejo. Lárguese a su aldea. Allí usted debe ser el hombre que se los come crudos a todos, y estará en su ambiente. Pero aquí no tiene nada que hacer, absolutamente nada.

Spillen levantó los puños, pero entonces, en la oscuridad se movieron dos tipos.

—Le recomiendo que no se ponga nervioso, Spillen —dijo Radigan—. No me gustaría que uno de mis hombres lo matase en el

porche de la oficina del *sheriff*. Eso haría pasar un mal rato a *Body*, y el pobre ya no está para estos trotes. Si quiere morir en Fénix, sólo tiene que hacer una cosa. Quédese un rato más, y trate de jugármela como antes.

Johnny contestó a Charles mientras le golpeaba el pecho con el dedo índice:

—Sí. Charles. Es posible que me quede y también es probable que intente jugársela de nuevo.

Radigan retrocedió unos pasos para evitar que Johnny le siguiese golpeando en el pecho. Sus labios estaban crispados.

—No se lo recomiendo, Spillen, porque será lo último que haga.

Luego. Radigan dio media vuelta y bajó del porche, alejándose por la acera.

Sus dos guardaespaldas lo siguieron.

—Señor Spillen —dijo una voz a la espalda del joven Johnny.

Al volverse vio que era Carol Tierney.

—Hola, Carol.

—Ya veo que logró muy poco. Pero usted no fue el culpable, sino el *sheriff*.

—Lo siento. Carol, pero las cosas quedaron casi como estaban. Te daré un puñado de dólares, que te servirán hasta que encuentres empleo.

—No necesito sus dólares, Johnny. Y creo que ha llegado el momento de decirle que lo del hotel fue una farsa.

—¿Qué?

—La rifa fue algo que se me ocurrió a mí. Contraté a Rudy para que me secundase vendiendo las papeletas.

—¿Con qué objeto…?

—Será mejor que hablemos en mi habitación, en el hotel.

Está bien, vamos.

Fueron al hotel. Rudy, al verlos llegar, soltó una exclamación de alegría.

—Caramba, señor Spillen. Consiguió rescatarla.

—Sí. Rudy, y a ti te voy a cortar las dos orejas en vez de una.

Los dos jóvenes entraron en la habitación de Carol y, entonces, ella dijo:

—Soy un agente federal. Johnny, y mi misión consiste, precisamente, en acabar con la trata de blancas… Tenía la sospecha

de que Sam Burbanks se dedicaba a esa clase de negocio, y me informé de que traía su último cargamento a Fénix. Un compañero vino conmigo hasta la ciudad, y, supuestamente, me dejó en la estacada. Dejé de pagar el hotel con el único objeto de que el hombre que iba a quedarse con las mujeres de Burbanks, o algún empleado del propio Sam, intentase hacer negocio conmigo. Yo sólo quería introducirme en la red y encontrar las pruebas que necesito para acabar con esa gente ante un tribunal federal.

—Eso quiere decir que te estropeé el negocio.

—No te lo recrimino —lo tuteó ella también—. Tu idea fue buena —la joven dio un suspiro—. Tendré que volver a empezar.

—No, Carol. No será necesario que emprendas otra vez el trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo contaré luego. Ahora he de marcharme.

Johnny fue a abrir la puerta y Carol lo tomó por un brazo.

—Ten cuidado con Radigan, Johnny.

—Sé qué clase de chico es. Y estaré preparado para cuando pegue los coletazos.

Spillen encontró en el corredor a Rudy.

—Eh, chico, ¿dónde podría encontrar a Urías Corcove…?

—Hotel Mandragora, habitación tres.

—Gracias, Rudy. Pero dime, ¿cómo vas a solucionar lo de la rifa…? Carol me ha dicho que fue una farsa.

—Salí bien librado, señor Spillen.

—¿De veras…? ¿Y cómo lo conseguiste?

—Fue muy sencillo. Dije que había salido el ciento veintidós y claro el ciento veintidós lo tengo yo en el talonario.

—Eres muy vivo, Rudy.

—No tengo más remedio que serlo, señor Spillen. Tengo una familia que mantener. A mi madre y a doce hermanos.

Johnny se encaminó al hotel Mandragora. Fue derecho a la habitación número tres, a cuya puerta llamó.

Le abrió el secretario de Corcove. Kent Lasting.

—Adelante, señor Spillen.

Urias Corcove estaba escribiendo algo y se interrumpió. Estrechó la mano de Johnny.

—Redactaba uno de los discursos que voy a pronunciar mañana.

—Señor Corcove, estoy dispuesto a ayudarle en su lucha contra Radigan y Bentley.

—Bravo, muchacho, aunque debo confesarle que lo he estado esperando desde que le hice mi oferta.

CAPÍTULO XII

El piquete de hombres al servicio de Charles Radigan entró por sorpresa en el garito de Mike Denson, tal como había sido planeado.

El desconcierto cundió enseguida entre los empleados y jugado res al ver a los tipos provistos de hachas y, especialmente, a los que manejaban revólveres.

Los guardianes de Mike Denson intentaron sacar y entonces sobrevino el tiroteo.

Los forajidos de Charles Radigan tenían mucha ventaja y, en pocos segundos cayeron muchos hombres al suelo heridos de muerte.

Los que manejaban las hachas realizaron su trabajo con ferocidad y energía. Docenas de mesas quedaron convertidas en astillas.

A Mike Denson, a quien el asalto había sorprendido en su despacho, en compañía de cuatro de sus hombres, salieron de allí con rifles para impedir la ruina, pero fue peor para ellos ya que, media docena de asaltantes que habían sido previamente seleccionados, los recibieron con una rociada de balas.

Mike y sus compañeros se abatieron.

Charles Radigan, a última hora, había cambiado su orden. En un principio se había conformado en destruir sólo el garito, pero ahora quiso que la lección fuese lo más dura posible.

Algunos jugadores, llenos de pánico, trataban de ganar la calle saliendo al mismo tiempo por la puerta trasera.

Se originó un tumulto en el que algunos fueron pisoteados.

Karin Talbot se encontraba en la redacción de su diario, justo frente al garito de Mike Denson, y al oír los disparos se asomó a la ventana. Desde allí pudo ver parte de la escena que se desarrollaba en la sala de juego.

Entonces salió a la calle y cruzó a la otra acera.

Uno de los jugadores pasó a su lado corriendo, la cabeza llena de sangre.

—Señorita Talbot, apártese de aquí… Pueden hacerle daño. —¿Quiénes, son los asaltantes?

—Leí en una pancarta que son el Comité de Defensa de las Buenas Costumbres.

—No puede ser. Es una asociación que patrocina Charles Radigan.

—Usted pensará lo que quiera, pero lo vi con mis propios ojos.

Un hombre salió dando traspiés y finalmente se derrumbó en el polvo.

De pronto, empezaron a brotar llamas del interior del inmueble. Alguien le había pegado fuego.

Los que quedaban dentro llegaron hasta el paroxismo del pánico. Indudablemente, habían utilizado el petróleo para que la casa ardiese más aprisa.

Karin no quiso ver más. Dio media vuelta y echó a andar muy aprisa.

Dos hombres intentaron detenerla en su camino hacia la oficina de Charles Radigan, pero ella los apartó de un manotazo.

El prohombre estaba sentado en un sillón fumando un largo y grueso cigarro. Con él se encontraban su hombre de confianza Dan Market, y el senador James Bentley, el candidato a gobernador.

—Señor Radigan —dijo la joven deteniéndose ante la mesa—. Hace apenas una hora estuve cenando con usted.

—Y le aseguro que pasé un rato muy agradable.

—Me hizo algunas confidencias acerca de lo grande que podía ser Fénix, si resultaba elegido el senador Bentley.

—Sí, es cierto.

—Todo lo que me dijo fue una burda mentira.

—Karin…

La joven señaló hacia la ventana que daba a la calle Mayor.

—He visto lo que sus hombres están haciendo con el garito de Mike Denson.

—¿Mis hombres…? ¿De qué habla, Karin?

—Supuestamente es el Comité de Defensa de las Buenas Costumbres, del que usted es vicepresidente.

—Bueno, si un Comité como ése decide acabar con el vicio de la

ciudad, debemos aplaudirlo, ¿no le parece, Karin?

—Están matando, asesinando…

—Bueno, imagino que si han echado mano a los revólveres es porque habrán tenido que repeler alguna agresión por parte de los empleados de Mike Denson.

—Han prendido fuego a la casa.

—Quizá en la refriega habrá caído alguna lámpara que prendió en las cortinas. La última vez que estuve allí le dije que sus cortinas me parecían demasiado inflamables.

—Me pudo engañar durante algún tiempo, señor Radigan, pero hoy se ha quitado la máscara.

—Karin, me disgusta mucho que se dirija a mí en esos términos. ¿Es que no se da cuenta de que lo que nosotros queremos es una ciudad limpia…? Le aseguro que no he dado mi aprobación a ese asalto, pero no seré yo quien lamentará que se haya producido… Usted sabe cuáles son los puntos del programa del señor Bentley. Convertir a Fénix en una ciudad en la que cada miembro de ella se sienta orgulloso… ¿Qué dice usted, señor Bentley?

El senador se estaba comiendo las uñas. No había dado su aprobación al plan de Radigan. En realidad, Charles jamás le consultaba acerca de sus decisiones. Él, Bentley, sabía que iba a ser un hombre de paja, una marioneta, pero eso no le había importado porque sólo quería ser un hombre importante, alguien respetado. ¿Y lo conseguiría mejor que siendo gobernador?

—¡Bentley! —gritó Radigan interrumpiendo sus pensamientos—. Quiero que hables a la señorita Talbot de cuáles son los puntos de tu programa.

—Oh, sí, desde luego —contestó nervioso el senador—. Tendremos seis jardines, y un parque infantil, y abriremos tres nuevas escuelas este mismo año…

Karin inspiró profundamente.

—Señor Bentley, me inspira usted lástima.

—¿Qué…?

—Usted no es más que el eco del señor Radigan… Dice las cosas sin sentirlas, mecánicamente, porque antes él lo aleccionó… ¿Es tan grande su ambición que llega a aliarse con criminales…? Ande, mírese las manos, porque usted también se las está manchando, de sangre.

Radigan dio un puñetazo en la mesa.

—¡Karin, está agotando mi paciencia…! Creo recordar que hace dos días, el señor Bentley la invitó a almorzar y que usted estuvo conforme con los puntos de su programa.

—Entonces yo era una ingenua más, como otros muchos ciudadanos de Fénix. Pero hoy me abrieron los ojos.

Radigan sonrió con sarcasmo.

—Sé quién es la persona que, según usted, le abrió los ojos. Se refiere a ese ayudante de *sheriff* llegado de una aldea con un nombre ridículo, Barro Valley. Es él, ¿verdad…? Johnny Spillen.

La joven levantó la barbilla.

—Muy bien, voy a aceptarle eso, que fue Johnny Spillen quien me hizo ver dónde estaba la verdad.

—Karin, usted no debió escuchar a un forastero, a alguien que no tiene nada que ver con nuestra ciudad. Olvídese de ese hombre y continúe a nuestro lado.

—Me temo que no estoy de acuerdo con usted, señor Radigan. Charles se puso en pie y ahora pareció aumentar de talla. —Karin, vuelva a la redacción del periódico. Quiero que mañana publique un buen artículo.

—¿Me está dando órdenes, señor Radigan?

—Sí.

—Usted no es mi director.

—No, no soy su director, sino algo más importante… Hace apenas media hora he comprado El Globo de Fénix.

—¿Cómo…?

—Ya lo ha oído… Y tengo que darle una noticia que seguramente le va a agradar mucho. Desde este momento, es usted la directora de su diario. Cuando la conocí me di cuenta de que reunía grandes condiciones. Me prometí a mí, mismo que la ayudaría a llegar a lo más alto de su profesión, y ahora le doy una prueba evidente de que no la engaño. Como directora, quiero que escriba un buen editorial. Yo le sugeriré el tema… «Al fin se va a acabar el vicio en Fénix. Aventureros de la peor laya serán barridos por la escoba de la justicia. En nuestra ciudad no hay sitio para hombres de la catadura moral de Mike Denson…». Puede agregar también que, como seres civilizados, repudiamos la violencia, pero que los hombres que la desatan son los únicos culpables cuando ésta

se produce.

—No voy a escribir nada de eso, señor Radigan.

—¿Es que no lo ha oído…? Va a ser la directora.

—Sí, señor Radigan. Lo he oído perfectamente y muchas veces soñé con el puesto que usted me ofrece. Pero no me venderé.

—No se trata de que se venda, sino de que comprenda lo que le conviene… En esta vida todo consiste en saber elegir el bando en que uno ha de luchar. Ahora está con los vencedores, Karin. Y debe sentirse satisfecha por ello. No eche a perder un porvenir brillante, a cambio de un montón de palabras huecas.

—¿A qué llama palabras huecas…? ¿Quizá a la justicia…? ¿A la ley…?

—Ya basta. Karin.

—Usted, señor Radigan, ha creído que podría tener a la ciudad en sus manos, que la podría estrujar como se exprime un limón. Utiliza a todas las personas en su beneficio. A Bentley, al *sheriff*, y ahora me quiere utilizar a mí… Piensa que hemos nacido para ser sus servidores, que somos meros instrumentos de su ambición.

—Karin, le dije que callase ya…

—Voy a ir a la redacción del periódico, señor Radigan, pero escribiré una cosa que no le va a gustar nada.

—¿Qué cosa va a escribir?

—Contaré la verdad, que usted sólo ha acabado con Mike Denson porque quiso librarse de un enemigo. Que quiere que Bentley salga elegido gobernador para vender su *whisky* cuatro o cinco veces más caro, ya que ése es el único fin que pretende imponiendo la Ley Seca.

Charles se echó a reír. Primero lo hizo con suavidad, pero luego estremeció los hombros.

Bentley lo miró asombrado.

—Charles —dijo—. Creo que no me encuentro nada bien. Te hablé del dolor que sentía aquí abajo, en el vientre. Debe ser el apéndice. Estoy pensando que podría llegarme a Amarillo. Allí hay un buen cirujano.

—¿De qué estás hablando Bentley…? Tienes miedo, ¿ch? Es eso… Lo que está diciendo esta chica te ha llenado de pánico. Estás loco si crees que voy a dejar que esta mojigata nos estropee el plan.

La joven dio media vuelta y fue a echar a correr para salir de la

estancia. Pero se detuvo al ver que dos hombres se encontraban en la puerta, bloqueándole el paso.

Charles soltó una carcajada.

—Nena, ¿no querías escribir un artículo? Muy bien, redáctalo aquí y luego un mensajero se encargará de llevarlo a la redacción.

—No escribiré aquí nada.

—Muy bien. Dan Market lo hará por ti. ¿Verdad Dan?

—Seguro. Charles. He comprendido tu idea perfectamente. Y mañana, los ciudadanos estarán de acuerdo en que la desaparición del garito de Mike Denson es un bien para Fénix, y que, sin lugar a dudas, han de votar a Bentley.

—Estupendo. Dan. Pero dime, ¿qué hacemos con la chica…?

—No podemos dejarla que salga de aquí, ¿no te parece? Sería absurdo. La muchacha se ha vuelto contra nosotros…

Bentley intervino.

—Oye, Charles, la chica prometerá ser buena… No escribirá nada.

—No seas estúpido. Bentley, y será mejor que no te metas en mis cosas.

—Pero no puedes matarla. Charles.

—¿Quién ha dicho que no?

Bentley parpadeó balbuceante.

—Oye. Charles… No hace falta que la mates… Ella te prometerá que saldrá de la ciudad… Después de todo, se ha quedado sin trabajo… Voy a ser gobernador, y un gobernador no debe ser cómplice de un crimen…

—Ya lo eres. Bentley. ¿Es que no has oído a Karin? Nuestros hombres han matado a mucha gente en el garito de Mike Denson.

—Bueno, Charles, yo no sabía nada. Tú me dijiste que solamente iban a romper mesas y sillas…

—¿Quieres dejar ya de hacer el santurrón…? ¿Crees que no sé lo que hiciste de senador?

—Nunca cometí un crimen.

—No, pero robaste todo lo que pudiste y votaste leyes que sólo favorecían a un grupo de tus amigos. Ellos ganaban dinero y te daban un tanto por ciento… ¿Por qué crees que te elegí Bentley…? ¿Quizá por tu talento…? No tienes ninguno, ¿lo oyes bien…? Quizá a fuerza de ver tu nombre en las pancartas has llegado a creer que

eres realmente alguien importante en este país… No eres nada, ¿te enteras…? ¡No eres nada sin mí! En el momento en que te retirase mi apoyo, irías a parar al lado.

Bentley comprendió lo que había sido su vida. Una miseria. Le había gustado la política porque creyó que ese camino era el mejor para él. Ganaría dinero y fama. Pero muy pronto se convenció de que para ser un gran político se necesitaba poseer virtudes de que él carecía. Pero ya estaba en lo alto del carro y no tenía más remedio que seguir adelante. Ahora, en unos instantes, con la aparición de aquella joven, se había dado cuenta de que todo lo que hizo en su vida, incluida su actividad como senador, se podría pagar con una moneda de plomo. Para él lo único que había contado, eran los placeres de la carne. No había pensado en otra cosa que en las mujeres. En tener siempre a su alrededor las más hermosas.

Reunió todo el coraje de que podía ser capaz y se puso en pie con aire muy digno.

—Charles, tú podrás decir todo lo que quieras de mí, pero no voy a permitir que mates a esta joven.

Charles lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dices, senador…?

—Karin saldrá de aquí por su propio pie y no quiero que nadie le haga daño…

Charles rompió a reír otra vez.

—Eh, Dan, ¿estás oyendo a Bentley…? Resulta que teníamos a un hombrecito entre nosotros.

—Y todavía no he dicho lo más interesante —dijo el político.

—¿Qué es lo más importante, Bentley?

—Ya no me interesa ser gobernador.

—¿No…? ¿Y qué quieres ser ahora…? ¿Quizá presidente de los Estados Unidos…?

—No, Charles. No quiero ser nada… Volveré con mi esposa. En cuanto ella llegue, nos marcharemos de Fénix. Me retiraré a mi casa.

—¿Y qué vas a hacer allí…? ¿Quizá le ayudarás a hacer calceta a tu mujer? —Charles rió sus propias palabras.

Bentley dio dos pasos hacia la muchacha, a la que tomó por el brazo.

—Vamos, Karin, yo la acompañaré.

Charles dio vuelta a la mesa, llegó ante Bentley y le soltó, un puñetazo en la cara.

El senador se derrumbó en el suelo mientras Karin lanzaba un grito.

Bentley se levantó. Había ido a parar junto a uno de los hombres que vigilaban la puerta.

Hizo un movimiento rápido con la mano y le quitó el revólver al tipo, porque la pistolera de éste había quedado a su alcance.

Dio un salto a un lado, apartándose, y apuntó con el arma a Charles Radigan.

En la estancia se había hecho un silencio.

—Suelta ese revólver, Bentley —dijo Radigan con voz ronca.

—Te voy a matar. Charles.

—No seas estúpido. Tú no puedes matar a nadie.

—Te voy a matar a ti, y con eso lavaré algo de mi culpa.

—Te he dicho que sueltes esa arma… ¿Me has oído, Bentley…? Serás gobernador… La máxima autoridad de este estado.

—Ya no me interesa… Lo que voy a hacer ahora será más meritorio que todo lo que pudiese hacer como gobernador. Libraré a Fénix de una sanguijuela… Eso es lo que eres tú. Charles… Después de todo, voy a hacer algo importante en mi vida.

Charles saltó sobre Karin para servirse de ésta como escudo.

Bentley titubeó unos instantes y no disparó porque temió herir a la joven.

Charles hizo fuego.

El proyectil se incrustó en el pecho de Bentley. Éste perdió el arma y cayó en la alfombra.

Karin se cubrió la cara con las manos.

Charles se apartó de la joven sonriendo.

—Senador estúpido…, ¿ves lo que ganaste, Bentley…? Un plomo.

En aquel momento se abrió la puerta y Johnny Spillen entró gritando:

—¡Abajo las armas!

Charles se revolvió para disparar.

Johnny apretó el gatillo tres veces.

Envió las dos primeras balas contra Charles Radigan y la tercera fue para Dan Market, que también había «sacado».

Los otros forajidos levantaron las manos.

Charles retrocedió tambaleándose porque tenía dos agujeros en el pecho. Lanzó un grito, miró a Karin, y quiso decir algo, pero le faltaron las fuerzas.

Dan Market había caído ya porque un plomo le había reventado la cabeza.

Karin se acercó al senador Bentley, que todavía vivía.

—Karin —dijo—. Voy a morir… Escriba algo bueno sobre mí… Aunque sólo sea una línea… Sólo le pido eso…, una línea.

—Se lo prometo, senador.

Bentley forzó una sonrisa y se murió.

FINAL

La máquina del tren resoplaba.

Johnny se marchaba al fin de Fénix, llevando consigo a su prisionero.

Urias Corcove, que sería elegido indudablemente gobernador, había acudido a despedir al ayudante del *sheriff* de Barro Valley.

—Fue un honor conocerle y quiero pedirle algo. Vuelva por aquí. Lo necesitamos. Al *sheriff Body* le quedan tres meses en el cargo y me ha confesado hace unos momentos que no se presentará a la reelección.

Por detrás de Urias apareció Karin Talbot. La joven se detuvo ante Johnny, le puso las manos en los hombros y le besó en la boca.

—Señor Corcove, le voy a contestar por Johnny… Volverá porque no tiene más remedio. Se va a casar en Fénix y su novia ha decidido que la boda se celebre dentro de seis semanas.

Carol Tierney, la agente federal, llegó corriendo:

—Creí que no llegaba a tiempo, Johnny. Gracias a ti he podido mandar un magnifico informe. Sam Burbanks ha sido detenido…

Carol se puso de puntillas y besó a Johnny en la boca.

Urias Corcove se rascó detrás de una oreja.

—Eh, Johnny, ¿me quiere contestar a una pregunta…? ¿Con cuál se va a casar?

—Qué casualidad —dijo Carol—. Yo también me casare en un par de semanas. Mi novio me está esperando en Saint Louis.

—Entonces ya no tengo ninguna duda —sonrió Corcove.

Y para que no la tuviese. Johnny rodeó con sus brazos a Karin y la besó en los labios.

FIN